

11 de Abril 17

Cuadernos de Cultura

11 de Abril: Cuadernos de Cultura, es una publicación del Museo Histórico Cultural, Juan Santamaría, surgida de manera espontánea y experimental, cuando esta institución daba sus primeros pasos al servicio de la comunidad alajuelense en particular y costarricense en general.

La Junta Administrativa del Museo acordó retomar la publicación, conservando el mismo propósito que le dió origen: difundir actividades académicas, culturales y educativas que el Museo lleva a cabo, principalmente en sus instalaciones y ocasionalmente fuera de ellas.

En esta ocasión, la Junta aprueba un nuevo diseño de carátula, que recrea el edificio patrimonial del Antiguo Cuartel de Armas que, junto con la Antigua Cárcel de la localidad, constituye la sede actual del Museo.



Aliados en el Campo
del Honor

Carlos Pérez Pineda

11 DE ABRIL

CUADERNO DE CULTURA N° 17

ALIADOS EN EL CAMPO DEL HONOR



JUNTA ADMINISTRATIVA (2007-2009)
MUSEO HISTÓRICO CULTURAL JUAN SANTAMARÍA

Dr. Chester J. Zelaya Goodman Presidente	Representante Ministerio de Cultura y Juventud
Dr. Luis F. Sibaja Chacón Vice-Presidente	Representante Academia de Geografía e Historia de Costa Rica
Licda. Zadie Cerdas Salazar Secretaria	Representante Instituto de Alajuela
Lic. Marcelo Prieto Jiménez Tesorero	Representante Colegio Universitario de Alajuela
Dr. José María Zonta Arias Vocal	Representante Municipalidad de Alajuela
Prof. Raúl Aguilar Piedra	Director General

ALIADOS EN EL CAMPO DEL HONOR:
LAS FUERZAS EXPEDICIONARIAS DE GUATEMALA,
EL SALVADOR Y HONDURAS EN LA
GUERRA CONTRA LOS FILIBUSTEROS, 1856-1857

CARLOS PÉREZ PINEDA



Alajuela, Costa Rica
2009



C.R.
972.86
P438a

Pérez Pineda, Carlos

Aliados en el campo del honor : las fuerzas expedicionarias de Guatemala, El Salvador, y Honduras en la guerra contra los Filibusteros, 1856-1857 / Carlos Pérez Pineda. – 1. ed. – Alajuela, C. R. : Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2008.

71 p. : il. ; 22 cm. -- (11 de abril: Cuaderno de Cultura; No. 17)

ISBN 978-9977-953-64-9

1. BATALLA DE RIVAS, 1856. 2. AMERICA CENTRAL – HISTORIA
I. Pérez Pineda, Carlos

● Museo Histórico Cultural Juan Santamaría

Tels: (506) 2441-4775 / 2442-1838

Fax: (506) 2441-6926

Apartado Postal: 785-4050, Alajuela, Costa Rica

Correo Electrónico: mhejscr@ice.co.cr

Edición al cuidado de Raúl Aguilar Piedra

Revisión: Carlos Pérez Pineda y Raúl Aguilar Piedra, con la colaboración del Lic. Antonio Vargas C. y Dhamuza Coudin S., funcionarios del Museo.

Diseño de portada: Floricel Ledezma Campos, Imprenta Nacional.

Diagramación: Américo Ochoa

Fotografía: Max López Rodríguez

Advertencia:

De conformidad con la LEY DE DERECHOS DE AUTOR Y DERECHOS CONEXOS es prohibida la reproducción, transmisión, filmación total o parcial del contenido de esta publicación mediante la aplicación de cualquier sistema de reproducción, incluyendo el fotocopiado sin previo permiso escrito de esta Editorial. La violación de esta Ley por cualquier persona física o jurídica, será sancionada penalmente.

PRESENTACIÓN

En el primer semestre del año 2007 impartí el seminario *Historia comparada de la guerra contra los filibusteros de 1855-1857: Estados Unidos, Costa Rica y Nicaragua* en el Posgrado Centroamericano en Historia de la Universidad de Costa Rica. Debe decirse que ya lo había impartido previamente en el primer semestre del año 2005. Estas experiencias docentes a nivel de posgrado intentaron ser una contribución a las actividades conmemorativas del sesquicentenario de aquella guerra, con un espíritu crítico, apoyado en la problemática de la memoria social y sus relaciones con la historia como saber, y con una voluntad de trascender los estrechos marcos nacionales en los cuales ha sido relatado ese proceso histórico, guiado por los métodos de la historia comparada.

Así, según se puede leer en la introducción del programa del citado seminario: “En el marco del sesquicentenario de la guerra contra William Walker y sus filibusteros, este curso tratará de proponer una reflexión sobre las diversas maneras en que en Estados Unidos, Costa Rica y Nicaragua se ha recordado y se ha contado aquel proceso que fue determinante en sus respectivas historias. Se tratará de cotejar las versiones de esos acontecimientos elaboradas por los historiadores de esos tres países desde el momento en que ocurrieron los sucesos y hasta el presente.” Además, su objetivo general era el siguiente: “Hacer un análisis comparativo y entrecruzado de la forma en que las historiografías de Estados Unidos, Nicaragua y Costa Rica han relatado y han interpretado la invasión del filibustero William Walker a Centroamérica, intentando determinar, por un lado, en que sentido dichas versiones son coincidentes o divergentes y, por otro, en que medida expresan las respectivas memorias nacionales.”

De esta manera, fueron sometidas a análisis las principales obras de las historiografías de los tres países citados producidas en el periodo que va desde el momento de los propios acontecimientos hasta el presente. Como trabajo final del curso, propuse a los estudiantes que realizaran, con la bibliografía discutida y con otra adicional, una investigación original que arrojara nuevas luces sobre la guerra contra los filibusteros. Los estudiantes aceptaron el reto y se presentaron algunos trabajos muy destacados. Ante tal circunstancia, pensé que valía la pena tratar de publicarlos y propuse la idea a Raúl Aguilar Piedra, director del Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, la cual acogió con entusiasmo. Esta publicación es el fruto de esa idea

El trabajo que presento de Carlos Pérez Pineda, salvadoreño, estudiante de la Maestría en Historia nos propone renovar nuestra mirada sobre la historia militar de la guerra centroamericana contra los filibusteros. No hace falta decir que el autor maneja en profundidad su temática y su objetivo es rescatar y reivindicar el papel jugado por los ejércitos de Guatemala, El Salvador y Honduras en la guerra, frente a la visión tradicional, predominante en las historiografías de Estados Unidos, Nicaragua y Costa Rica, de menospreciar y de valorar muy severamente la capacidad y contribución a la guerra de dichos ejércitos. En particular, Pérez Pineda hace una vehemente defensa de la labor de su compatriota el general Ramón Belloso.

Más allá de su voluntad de reivindicación y de revaloración de la dimensión propiamente militar de aquellos acontecimientos, Carlos Pérez Pineda muestra las posibilidades que ofrece el estudio de la guerra contra los filibusteros con nuevas preguntas, problemáticas y perspectivas. Esta publicación es un reconocimiento a su esfuerzo y una invitación a profundizar sus estudios en el campo de la historia militar de Centroamérica.

VÍCTOR HUGO ACUÑA ORTEGA

ALIADOS EN EL CAMPO DEL HONOR: LAS FUERZAS EXPEDICIONARIAS DE GUATEMALA, EL SALVADOR Y HONDURAS EN LA GUERRA CONTRA LOS FILIBUSTEROS, 1856-1857*

CARLOS PÉREZ PINEDA

El pasado es siempre conflictivo. A él se refieren, en competencia, la memoria y la historia, porque la historia no siempre puede creerle a la memoria, y la memoria desconfía de una reconstrucción que no ponga en su centro los derechos del recuerdo.

Beatriz Sarlo

INTRODUCCIÓN

En este ensayo intento poner de relieve la importancia de la contribución de las fuerzas militares de los Estados de Centro América en la guerra contra los filibusteros en Nicaragua. En primer lugar, intentaré ilustrar el extraordinario esfuerzo humano, organizativo y financiero que para los Estados de Guatemala, El Salvador y Honduras significó enviar fuerzas expedicionarias a Nicaragua y en segundo lugar, procederé a analizar el comportamiento de estas fuerzas en las principales acciones de la guerra partiendo de la premisa de que las operaciones militares en cualquier conflicto armado deben ser examinadas en el contexto general de la guerra y no de la manera fragmentada e inconexa de las diferentes memorias nacionales cuyo principal objetivo es exaltar el espíritu patriótico nacional magnificando la participación de las fuerzas propias. Los enfrentamientos,

* Este ensayo fue presentado para la evaluación final del curso *Historia Comparada de la Guerra contra los Filibusteros, 1855-1857: Estados Unidos, Costa Rica y Nicaragua*, impartido por el Dr. Víctor Hugo Acuña en el Postgrado de Historia de Centro América de la Universidad de Costa Rica durante el primer semestre del año 2007.

batallas, combates, sitios y desplazamientos de tropas en el teatro de operaciones creaban condiciones, propicias o desfavorables, para los contendientes en los sucesivos hechos de armas y estos a su vez creaban premisas para los siguientes enfrentamientos en un movimiento único y es en ese proceso en el que las decisiones de los jefes y el desempeño de las fuerzas militares deben ser apreciados y analizados. Quiero aclarar que la exaltación individual de tal o cual personaje histórico en detrimento de otros es un ejercicio de corte decimonónico vano e inútil¹ que no tiene absolutamente nada que ver con mi propósito principal en este ensayo, que es tratar de comprender el contexto militar y político en el que la actuación de esos jefes tuvo lugar, a través de una aproximación crítica a las fuentes. Este enfoque no excluye llamar la atención sobre la actuación de algunos actores individuales cuando sea necesario hacerlo.

Relaciones internacionales y política de poder en Centro América

El istmo centroamericano dividido, después del fracaso de la Federación, en cinco pequeños Estados era el escenario de pretensiones hegemónicas por las fuerzas que gobernaban aquellos estados que gozaban de mayor estabilidad política y que habían establecido vínculos amistosos con la mayor potencia de la época: Inglaterra. La consolidación del poder interno de las élites en los Estados de Guatemala y Costa Rica creó las condiciones para una relación de colaboración entre ambas entidades que favorecía cierta unidad en la región bajo la égida conservadora. El historiador Ralph Lee Woodward Jr. utiliza la denominación eje Guatemala-Costa Rica para

¹ Es interesante llamar la atención sobre la ausencia en la obra de Walker de juicios comparativos acerca de las capacidades individuales de los diferentes jefes centroamericanos que lo combatieron. Probablemente el jefe filibustero no consideró necesario dedicar espacio a las cualidades militares de dichos jefes debido a que no apreció diferencias sustanciales en términos de capacidad de mando cuando enfrentó a sus adversarios en el campo de batalla o tal vez su desprecio por la jefatura aliada haya sido tan grande que ni siquiera consideró el asunto en el momento de escribir su libro.

describir las relaciones entre ambos Estados, destacando que las relaciones próximas del presidente costarricense Juan Rafael Mora Porras con Guatemala y Gran Bretaña en materia de política exterior evidencian una alianza conservadora². El encargado de negocios de Gran Bretaña en América Central, Frederick Chatfield, utilizó todos los medios a su disposición para construir una alianza pro-británica fuerte entre los conservadores centroamericanos promoviendo exitosamente la alianza entre los gobiernos de Guatemala y Costa Rica dirigida contra los estados del centro en los que los liberales conservaban cierto poder después de la derrota de la Federación. La dominación británica y su ingerencia en las luchas políticas internas de los estados de la región generaron la hostilidad de los liberales centroamericanos aumentando sus inclinaciones a favor de los Estados Unidos de América. Para mantener la hegemonía conservadora en América Central, el presidente guatemalteco Rafael Carrera Turcios parece haber considerado necesaria “una división de responsabilidades con Guatemala, El Salvador y Honduras bajo su responsabilidad directa, y con Nicaragua y Costa Rica bajo Mora”³.

Los esfuerzos de Mora por mantener a sus tropas en la región de la ruta del tránsito y su aparente falta de interés en las disputas faccionales de sus aliados centroamericanos pueden ser mejor comprendidas considerando el contexto revelado por Woodward. Del mismo modo, la interpretación

² “Los historiadores costarricenses se han resistido frecuentemente a la idea de conceptualizar a Mora como conservador, conforme han desarrollado el mito de que todos los dirigentes de Costa Rica en el siglo XIX eran liberales. De esta manera tienden a hacer hincapié en la simpatía de Mora hacia el cultivo del café, hecho tan largamente asociado con el surgimiento del partido liberal en la América Central, así como en su buena voluntad de permitir a los exiliados liberales de otros Estados residir en Costa Rica. Ciertamente, el conservatismo de Mora era considerablemente menos reaccionario que el de Carrera en Guatemala. No obstante, un examen cercano de las políticas de Mora en Costa Rica sugieren que es más adecuado clasificársele (sic) como un conservador moderado. Ciertamente en política exterior, de particular trascendencia aquí, las relaciones próximas de Mora con la Gran Bretaña y con Guatemala, por lo menos, sugieren una alianza conservadora”, Ralph Lee Woodward Jr., *Rafael Carrera y la creación de la República de Guatemala, 1821-1871* (Serie Monográfica 12, Guatemala: Plumsock Mesoamerican Studies, Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica, 2002), 317.

³ *Ibid.*; “La Política Centroamericana de un Caudillo Conservador Rafael Carrera, 1840-1865”, *Anuario de Estudios Centroamericanos* (Costa Rica), 9, (1983): 55-68.

de Woodward contribuiría a explicar el involucramiento de los jefes militares guatemaltecos y salvadoreños en la política faccional interna de Nicaragua. Aparentemente no se trataba únicamente de las virtudes individuales del presidente costarricense ni de una insana predilección por participar en disputas aldeanas por parte de los aliados centroamericanos sino que en los años del conflicto nicaragüense estaban en juego intereses territoriales y comerciales por un lado y aspiraciones de dominio hegemónico regional por el otro.

Fuerzas militares y organización de las expediciones a Nicaragua

En el período de la guerra contra los filibusteros las fuerzas militares de los nuevos estados centroamericanos estaban constituidas por un pequeño núcleo de tropa veterana, que se aproximaba a lo que podría ser considerada una fuerza regular, y un sistema auxiliar de milicias cuyo antecedente se remonta al pasado colonial⁴. Los ejércitos de los estados del istmo eran fuerzas pre-profesionales, las academias militares para la formación de oficiales eran inexistentes⁵, los problemas de financiamiento constantes, el armamento escaso y en mal estado por falta de mantenimiento adecuado⁶.

⁴ "En el período anterior a 1871 los ejércitos eran por lo general pequeños. Algunas batallas importantes fueron ganadas con tan sólo 600 hombres, el ejército más grande registrado en este período es el guatemalteco con cerca de 18,000 efectivos en 1863". Alastair White, *El Salvador* (San Salvador: UCA editores, 1999), 83.

⁵ La primera academia militar de Centroamérica, la Escuela Politécnica Militar, fue establecida en El Salvador, con el apoyo de una misión militar francesa, el año de 1867 durante la presidencia de Francisco Dueñas. Dicha escuela fue clausurada en 1881 por falta de fondos para su financiamiento pero fue abierta de nuevo en 1900. Howard Blutstein *et al*, *El Salvador: a country study* (Washington, D.C.: The American University, Foreign Area Studies, 1979), 194.

⁶ "Después de 1821, la organización de las tropas era deficiente, existiendo únicamente el Batallón del Fijo, la Brigada de Artillería, casi sin material, el Escuadrón de Dragones, medio organizado, sin embargo, estas unidades más que todo durante esos años solo sirvieron para desfiles y paradas. Las guerras de la federación obligaron a organizar las tropas y se incrementaron los efectivos". Marco Antonio Sánchez Samayoa; Cnel., "Evaluación Histórica del Ejército de Guatemala", *Revista Militar* (Guatemala) 40 (mayo-diciembre, 1987): 17-48.

La demora de los estados centroamericanos en acudir, con fuerzas militares, a apoyar a las tropas de Costa Rica para expulsar a los filibusteros debe atribuirse a una primera interpretación de los cambios políticos en Nicaragua en términos partidistas: el presidente Carrera de Guatemala estaba más preocupado por eliminar la amenaza representada por la presencia del general José Trinidad Cabañas Fiallos en Honduras que en los sucesos de Nicaragua, mientras que el gobierno salvadoreño, preocupado en primer lugar por las maniobras hegemónicas guatemaltecas en Honduras, no consideraba a la pequeña fuerza americana al servicio de los democráticos de León como una amenaza. Una vez despejadas las dudas sobre las verdaderas intenciones de Walker y de sus filibusteros, los Estados de El Salvador y Guatemala tuvieron que organizar sus fuerzas expedicionarias partiendo de un estado de preparación muy básico⁷. La tardanza de las fuerzas centroamericanas en arribar al teatro de operaciones provocó gran irritación en sus aliados costarricenses. El presidente Juan Rafael Mora de Costa Rica, observaba en una carta a su ministro en Guatemala, Nazario Toledo, fechada el 8 de mayo de 1856 que si las fuerzas aliadas hubieran llegado a Nicaragua antes del 19 de abril de ese año "todo habría concluido"⁸. Mora señalaba que "los compromisos contraídos con Guatemala eran de tal

⁷ A diferencia del precario estado de preparación militar de sus aliados centroamericanos a principios de 1856, Costa Rica intervino en Nicaragua con una fuerza militar que ya estaba preparada para enfrentar a un enemigo externo en 1854. El ejército costarricense comenzó a mejorar su instrucción en 1850; el número de sus efectivos aumentó de 5,500 hombres en 1851 a 6,500 en diciembre de 1854. Como consecuencia de tensiones con Nicaragua, el gobierno costarricense decidió aumentar el número de efectivos a 9,000. Moderno equipo bélico comenzó a ser adquirido en Gran Bretaña en 1851 por el cónsul de Costa Rica en Londres, Edward Wallerstein, quien compró ese año 1,000 llaves de fusil y envió en 1852 dos cajones con rifles Minié de fulminante con bayoneta. A principios de 1855 nuevas armas británicas arribaron a Puntarenas, 500 rifles Minié, del modelo utilizado por el ejército británico en Crimea, junto con "tres baterías de cañones de campaña de tres piezas de bronce cada una, y dos de fortificación, todo con su correspondiente parque", según el ministro de Hacienda y Guerra Manuel J. Carazo, citado por Armando Vargas Araya, *El lado oculto del Presidente Mora* (San José, Costa Rica: Editorial Juricentro, 2007), 70-71.

⁸ Según Mora, el primer caso de cólera en el ejército costarricense en Nicaragua se presentó el 20 de abril de 1856. El presidente costarricense tomó la decisión de retirar sus fuerzas a Costa Rica un día después.

entidad, las seguridades ofrecidas por su comisionado D. Francisco Gavarrete eran tan francas y leales al parecer, que nos apresuramos temiendo llegar tarde". El presidente costarricense afirmaba que su país había sido víctima de un engaño que él había visto "con vergüenza y dolor" y formulaba a su ministro las siguientes preguntas:

¿Cree V. que si Guatemala hubiera cumplido, que al presentarme con un ejército por esta frontera hubiera ese Gobierno hecho lo mismo por el lado de Honduras, hubiéramos sufrido esta desgracia causada por la estadia del ejército en Rivas? ¿Cree V. que León se hubiera sostenido, como lo ha hecho, causándonos mil males a pesar de su neutralidad?.

Haciendo referencia al hecho de que el gobierno de "el maniquí" Patricio Rivas "había mandado comisionados a Guatemala y Salvador con el objeto de paralizar la justicia centroamericana"⁹, Mora constataba con amargura que "ninguna noticia oficial he tenido de la marcha de las fuerzas guatemaltecas. Asegurase, sin embargo, que están ya en tierras salvadoreñas, pero creo la expedición algo tardía y temo que pretexten nuestra retirada para efectuar la suya"¹⁰. Aunque arribaron a León cuando el cólera había destruido al mejor ejército costarricense de todos los tiempos, las fuerzas guatemaltecas y salvadoreñas no se retiraron y cumplieron sus compromisos en el campo de batalla. Posteriormente, una pequeña pero significativa fuerza militar hondureña reforzó al ejército centroamericano aliado que combatía en Granada.

⁹ El gobierno títere de Patricio Rivas trató de detener por medio de la diplomacia la intervención militar de Guatemala, El Salvador y Honduras en Nicaragua. Rivas aseguró a representantes de los tres Estados centroamericanos occidentales en León que no deseaba la guerra y que no había necesidad de un rompimiento pues su gobierno solamente quería mantener relaciones armoniosas con sus vecinos. Rivas fracasó en su empeño y finalmente abandonó a Walker. Woodward, Rafael Carrera, 406-407.

¹⁰ "Carta del presidente Don Juan Rafael Mora a Don Nazario Toledo, Ministro de Costa Rica en Guatemala", Angelita García Peña, *Documentos para la Historia de la Guerra Nacional contra los Filibusteros en Nicaragua. Contribución a la Historia de Centro América* (San Salvador: Editorial Ahora, 1958), 58-60.

Fuerzas expedicionarias de Guatemala

El historiador norteamericano Woodward sostiene, correctamente, que el papel de Guatemala en los sucesos de la gran campaña nacional para expulsar a los filibusteros de Nicaragua ha sido subestimado¹¹. A pesar de contar con el más grande potencial militar de la región, el estado de permanente agitación y violencia en el que el Estado de Guatemala se mantuvo después de la declaración de independencia impidió, durante muchos años, el desarrollo estable de su sistema institucional en el que sobresalía la institución armada. La fuerza miliciana del período español fue la matriz organizativa del desarrollo de la nueva fuerza militar del Estado¹². El sistema no carecía de serios defectos y el reclutamiento era particularmente difícil¹³. El carácter local y regional de dicho sistema significaba que la organización de una fuerza militar considerablemente numerosa, como la enviada a Nicaragua en 1856, para enfrentar a un enemigo externo demandaba del gobierno la búsqueda del apoyo de los caudillos regionales:

[...] en tanto que el ejército guatemalteco se había desarrollado partiendo de organizaciones militares coloniales españolas, los primeros cincuenta años de independencia vieron una gradual descentralización del poder, cuando el control de las milicias se dispersó entre unos pocos poseedores de poder regional: los caudillos. Para poder contar con un ejército previendo el caso de una guerra foránea, el gobierno central tuvo que aliarse y ganar el apoyo de estos jefes regionales¹⁴.

¹¹ Woodward, "Rafael Carrera", 397.

¹² Durante las campañas militares las fuerzas guatemaltecas reunían contingentes de milicias, organizadas en las diferentes poblaciones, bajo el mando de sus propios jefes.

¹³ "Se reclutaban milicianos entre la población de acuerdo a los llamados que hacía el gobierno, pero la falta de un buen mecanismo y de motivación hizo difícil este reclutamiento", Sánchez, 33.

¹⁴ Richard N. Adams, "Etnicidad en el ejército de la Guatemala liberal (1870-1915)", *Debate* (Guatemala) 30. (1995): 14.

Durante el gobierno conservador de Rafael Carrera existió una tendencia a la centralización del poder militar en manos del indiscutido caudillo de caudillos. Originalmente una alianza de caudillos regionales, el ejército insurgente de Carrera, se convirtió, junto a un número de fuerzas regulares que lo apoyaron una vez que conquistó el poder, en la principal institución del régimen conservador en un contexto institucional en el que la burocracia civil era pequeña¹⁵. Al asumir la Presidencia, Carrera implantó un drástico sistema de reclutamiento que excluía del servicio y de la obligación de pagar por esa excepción a los estamentos privilegiados. Para el resto de los grupos sociales, “la edad reglamentaria para cumplir el servicio en filas era los 19 años y la tropa podía engancharse por cinco, seis y ocho años para el servicio”¹⁶. El sistema disciplinario era de origen colonial y establecía castigos muy rigurosos para los delitos militares, por ejemplo, a los centinelas que se dormían en su puesto de servicio se les castigaba con la ley del palo¹⁷. El soldado recibía dos reales diarios,

¹⁵ “La infantería se organizaba por compañías y batallones, tres o cuatro compañías formaban el batallón, y relativa a la táctica era la misma antigua española. La caballería se formaba por escuadrones y cada escuadrón tenía dos compañías, cada compañía con 52 jinetes. Un cuerpo de caballería constaba de dos escuadrones o sea cuatro compañías y una plana mayor. No existían cuerpos de artillería, y solamente hasta que apareció el prontuario del Mariscal Cásara se trata a la artillería como un arma importante en el ejército. ...El fusil de chispa o camoyana, como se le llamaba, era el arma reglamentaria de la infantería. La caballería tenía espada, sable, carabina, pistola, lanza, coraza y casco. En los ejércitos de los países de Centro América se empleó la organización que se usó en Guatemala, ya que incluso algunos de esos países, todavía tenían disposiciones en sus fuerzas armadas del antiguo *Reglamento Orgánico* español del 26 de agosto de 1802”. Sánchez, 36-37.

¹⁶ Sánchez, 33.

¹⁷ “El sistema disciplinario era muy drástico, y para esto se continuaron las prácticas de las penas por delitos militares del tiempo de la Colonia. Durante la época de gobierno del General Carrera se publicaron algunos libros sobre la reglamentación, y así fue que se emitió el “Prontuario Militar”, extractado de la antigua ordenanza del ejército por el Mariscal Francisco Cásara, Ministro de Guerra. En este Prontuario se contemplaban las obligaciones de todas las clases del ejército, las leyes penales, etc. Con estos reglamentos se trataba de mantener un ejército disciplinado y entrenado, que cumpliera con su cometido. La ley del palo quedó subsistente en las obligaciones del cabo del Prontuario Militar y así se aplicaba este castigo a los centinelas que se dormían en su puesto”. Sánchez, 34.

[...] sin rancho y teniendo que pagar lavado de ropa¹⁸, lo que sí hacía difícil la vida del soldado, máxime que no había muchas diversiones, salvo las que se procuraban las tropas cuando salían franco y hacían los consiguientes escándalos,...Rafael Carrera siendo Comandante General de las Armas, “para mantener la moral” tuvo que permitir el saqueo de los comercios en una ocasión en que se habían retrasado los sueldos¹⁹.

Los uniformes de las tropas permanentes, aunque a veces vistosos, ofrecían al observador un conjunto abigarrado²⁰. Woodward observa que “el ejército nunca estuvo bien equipado durante los años de Carrera, pero gradualmente obtuvo armamento de arsenales desusados de Europa y mucha artillería proveniente de las guerras napoleónicas”²¹.

Después de 1821 la oficialidad era escasa y a pesar de que algunos miembros de la elite obtuvieron importantes posiciones de mando dentro del ejército, personas de las capas más bajas de la sociedad rural aprovecharon la oportunidad de ascenso social y político que la institución militar ofrecía²². Algunos extranjeros, principalmente europeos, obtuvieron también altos grados militares en el ejército de Carrera.²³

¹⁸ “El sistema logístico era rudimentario y de acuerdo a la época, en que se requisaban los abastecimientos para las tropas en campaña. En tiempo de paz, el rancho para las tropas se proporcionaba por medio de las vivanderos, las cuales vendían sus alimentos a los soldados en los patios de los cuarteles, pagando cada tiempo de comida o de acuerdo a los arreglos que hicieran éstos con las mujeres encargadas de ese servicio. Este sistema traía el problema del barullo de las mujeres vendiendo sus alimentos dentro de un cuartel, falta de aseo en los lugares donde se vendían los alimentos, como de la propia comida en sí, a más de los problemas amorosos y la introducción de licor al cuartel. Se mejoró este sistema en 1857 al establecerse los economos, y luego se construyeron cocinas y despensas en los cuarteles para proveer el rancho previo descuento,” Sánchez, 40. La participación de las mujeres en la Guerra Nacional es un aspecto ignorado. Es de suponer que algunas vivanderos acompañaban a los ejércitos centroamericanos de la época.

¹⁹ *Ibid.*, 35.

²⁰ “También se permitió un conjunto abigarrado de colores para los uniformes de los integrantes del ejército, casacas rojas con bordados de oro, sombreros con plumaje, charreteras brillantes, etc.” *Ibid.*

²¹ “Las tropas de Carrera con frecuencia estaban descalzas, en harapos y con uniformes que no les quedaban, pero casi siempre eran exitosas en el campo de batalla y levantaron el orgullo nacional a la vez que restablecieron la confianza de los guatemaltecos en sí mismos”. Woodward, “*Rafael Carrera*”, 351.

²² Rafael Carrera constituía el ejemplo más exitoso de movilidad social ascendente a través de las armas.

²³ Algunos como el Mariscal Francisco Cásara, nativo de Cerdeña y veterano de las guerras napoleónicas, ascendieron a importantes posiciones dentro del gobierno, Manuel Rubio Sánchez, *Los Mariscales de Campo: Francisco Cásara* (I. Guatemala: Editorial del Ejército (EDE), 1984).

Guatemala y El Salvador trazaron conjuntamente planes para la guerra contra los filibusteros y el 5 de mayo de 1856 el presidente guatemalteco anunció el envío de una fuerza militar expedicionaria a Nicaragua que se uniría a tropas salvadoreñas y hondureñas para apoyar a las tropas costarricenses que ya combatían al invasor filibustero. La división vanguardia guatemalteca conducida por el general Mariano Paredes salió ese mismo día de la ciudad de Guatemala²⁴ y llegó a León el 18 de julio. El 20 de julio de ese mismo año refuerzos conducidos por el coronel Knoth salieron de la capital rumbo al puerto de San José para abordar la goleta guardacostas guatemalteca *Ascensión* con destino a Nicaragua. Guatemala continuó enviando tropas a Nicaragua hasta la rendición de Walker en Rivas el 1 de mayo de 1857²⁵.

El gobierno guatemalteco decretó, a mediados de septiembre, un préstamo forzoso sobre todos los dueños de propiedades y solicitó a la Asamblea la creación de nuevos impuestos con el fin de amortizar el préstamo de \$ 120,000 a un interés anual del 12%. El departamento de Guatemala cargó con la mitad del empréstito y el resto fue distribuido entre los restantes departamentos del país. El gobierno guatemalteco emprendió nuevas iniciativas para financiar el esfuerzo bélico: otro préstamo de \$ 150,000 con los grandes propietarios de la capital, un impuesto de guerra sobre la carne y una campaña de recolección de donaciones patrióticas²⁶. La guerra en Nicaragua generó preocupación en la cúpula de la sociedad guatemalteca y el interés por conocer lo que acontecía en aquel Estado fue reflejado por la decisión de aumentar las ediciones de la *Gaceta de Guatemala* a tres veces por semana²⁷.

²⁴ El transporte de las tropas guatemaltecas al teatro de operaciones se hizo a pie y a caballo y también por vía marítima, "se empleaban carretas o trenes de mulas para transportar material de artillería, municiones y víveres. El servicio de transporte no existió. Se improvisaba, cuando había necesidad y los cargadores, especialmente indígenas, acompañaban a las unidades llevando abastecimientos y demás equipo para las tropas". Sánchez, 40.

²⁵ Los últimos refuerzos guatemaltecos habían salido de la ciudad de Guatemala el 16 de marzo de 1857 dirigiéndose hacia el puerto de San José donde fueron embarcados el 25. Los refuerzos guatemaltecos arribaron a El Realejo, Nicaragua, el 30 de marzo.

²⁶ Woodward, "Rafael Carrera", 409-410

²⁷ *Ibid.*, 405.

Con la intención de contribuir con una fuerza verdaderamente decisiva en la campaña contra los filibusteros, el general Carrera envió tropas relativamente numerosas a Nicaragua y manifestó su voluntad de colocarse al frente de las fuerzas guatemaltecas si la situación lo hiciera necesario²⁸. En la última fase de la guerra, los soldados guatemaltecos constituían el contingente más numeroso de los ejércitos aliados²⁹.

Fuerzas expedicionarias de El Salvador

La década de 1850 en El Salvador había sido precedida por un período de gran turbulencia política. El período entre 1841 y 1850 es considerado como uno de los más caóticos de la historia política del país durante el siglo XIX³⁰. Durante el gobierno moderadamente conservador del presidente Rafael Campo existió una tendencia hacia la estabilización política y el incremento de la actividad productiva y comercial pero

²⁸ La participación de las fuerzas militares guatemaltecas en la guerra contra los filibusteros fue de primera importancia tanto en términos numéricos como en términos de su participación en la mayoría de las batallas de la contienda. Esta importancia no ha sido plenamente reconocida en las memorias nacionales de los otros países, sobre todo en la costarricense. En algunos de los principales hechos de armas de la guerra, las fuerzas de Guatemala constituían el contingente aliado más numeroso y su cuota de sacrificio fue muy alta. El ensayista nicaragüense Salvador Calderón Ramírez reconoció en su libro *Alrededor de Walker*, el aporte de los soldados guatemaltecos en la guerra: "Entre los aliados – nos decía en Washington Mr. Livy Lewis, quien peleó al lado de Walker –, los guatemaltecos siempre dieron muestras de disciplina y valor. En los muchos encuentros que tuvimos con ellos en Masaya y Granada, mostraron cierto fatalismo oriental que les hacía indiferentes a las fatigas, a los peligros y a la muerte", citado en Gustavo Alemán Bolaños, *Centenario de la Guerra Nacional de Nicaragua contra Walker. Costa Rica, Guatemala, El Salvador y Honduras en la contienda* (Guatemala: Tipografía Nacional, 1956), 56.

²⁹ "El Ejército Aliado, al mando del general hondureño Florencio Xatruch, contaba en Nandaimé el 25 de enero (de 1857) con 2,445 efectivos – 200 hondureños bajo Xatruch, 1,300 guatemaltecos bajo Zavala, 500 costarricenses y leoneses bajo Cañas y Jerez, y 445 legitimistas bajo Fernando Chamorro", Alejandro Bolaños Geyer, *William Walker. El Predestinado* (Alajuela, Costa Rica: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2007), 218.

³⁰ El historiador salvadoreño López Bernal subraya que entre 1841 y 1850, "la presidencia cambió de manos 25 veces. De las cuales en 17 ocasiones se asumió el poder bajo la modalidad de senador-presidente, vicepresidente o presidente provisorio, una alternativa a la cual se recurría en momentos particularmente difíciles", Carlos Gregorio López Bernal, *Poder Central y Poder Local en la construcción del Estado en El Salvador, 1840-1890*, Tesis para optar al grado de Doctor en Historia, (Universidad de Costa Rica, 2007), 50.

la participación en la guerra contra los filibusteros impactó sensiblemente a la actividad económica del país encareciendo uno de sus principales factores productivos: la fuerza laboral. La edición del 6 de mayo de 1857 de la *Gaceta del Salvador* informaba que había escasez de fuerza laboral en las actividades agrícolas del país y que sus costos habían aumentado: “Siguen con empeño las empresas agrícolas, en términos que aunque la población del Estado es la mayor respectivamente el territorio, los brazos escasean y se encarecen”³¹. El colosal esfuerzo que significó para el Estado salvadoreño reclutar, organizar, entrenar, vestir, armar y transportar fuerzas militares a Nicaragua no solamente había tenido consecuencias en la esfera económica sino que también había reducido notablemente la fuerza militar disponible del estado. El mismo número de la *Gaceta* destacaba que

[...] la opinión pública no tiene hoy más que un solo pensamiento y los ánimos de todos solo se preocupan de lo que pasa en Rivas. El gobierno sostenido por la voluntad de todos los ciudadanos, aunque sin soldados porque todos están en el campo del honor, se hace obedecer sin la menor dificultad ...³².

A pesar de todas las dificultades, en Cojutepeque, capital provisional del Estado, el presidente salvadoreño Rafael Campo hacía énfasis en la urgencia de enviar más soldados a Nicaragua en una proclama a sus conciudadanos el 21 de marzo de 1857 observando que ya habían en San Miguel y La Unión

[...] dos destacamentos prontos a darse a la vela con dirección al teatro de la guerra y está para salir de esta ciudad el grueso de una división auxiliar hasta completar el número a que, por anteriores convenios, estamos comprometidos.

³¹ Miguel A. García, *Diccionario Histórico Enciclopédico de la República de El Salvador* (San Salvador, El Salvador: Editorial Ahora, 1958), 152-153.

³² *Ibid.* El compromiso del Estado salvadoreño con la alianza anti-filibustera fue observado rigurosamente hasta la derrota final del enemigo. Las primeras fuerzas salvadoreñas habían sufrido terrible desgaste por las enfermedades (el cólera y la fiebre amarilla comenzaron a atacar a las fuerzas de El Salvador y Guatemala en León en julio de 1856) y las pérdidas en los combates y el gobierno, haciendo un esfuerzo supremo, envió el último contingente, una fuerza de más de mil soldados bajo el mando del general Gerardo Barrios Espinoza, para participar en el golpe final a los filibusteros sitiados en Rivas.

Campo subrayaba la necesidad de los refuerzos pues “unos pocos salvadoreños quedan en el Ejército, junto con una pequeña división guatemalteca y las fuerzas nicaragüenses cooperan con los costarricenses en el campo del honor”. El presidente salvadoreño apelaba especialmente en su proclama a los grandes propietarios en términos que no dejan duda sobre el compromiso del Estado en la guerra:

Capitalistas del Estado: la parte proletaria de los habitantes ha cubierto su lote en esta gran empresa, prestándose a dar su contingente en la contribución de sangre que es la más sensible y dura! El pobre que abandona su hogar y su miserable familia por ir a los combates y a la muerte en tierra lejana, da todo lo que a un hombre puede pedirse. Vosotros no estáis llamados a esta clase de sacrificios, os toca empero, aprontar aquella pequeña parte de vuestros haberes que la autoridad competente os designe: yo os ruego que os prestéis sin murmuración y sin tardanza, ya que las necesidades del Ejército son perentorias y grandes, ya que las obligaciones del Gobierno que os representa a todos, son tan solemnes y estrechas respecto de sus aliados!.

A continuación Campo lanza una advertencia en términos particularmente severos a los que nieguen su contribución al esfuerzo de guerra:

Deseo vivamente que no llegue el caso de que alguien niegue sus servicios al Estado en tan graves circunstancias; haré marchar como soldado al que así se conduzca, sea cual fuere su categoría o posición, y trataré como un traidor a todo aquel que por su tibieza o deslealtad no acuda al puesto a que el gobierno le llame en la actual situación de nuestras cosas³³.

Un rasgo característico del período en que ocurrió la Guerra Nacional contra los filibusteros era el débil desarrollo institucional del Estado. Los fundamentos institucionales, principalmente de tipo legal, del Estado salvadoreño fueron

³³ García Peña, 146-148; Montúfar señala que “para hacer frente a los gastos que ocasionaba la guerra, el Gobierno de El Salvador emitió un decreto, con fecha 13 de setiembre, imponiendo un empréstito mensual de doce mil pesos por todo el tiempo que durara la campaña. Esta disposición no fue aceptada por todos los salvadoreños. El periódico titulado *Las Variedades* la combatió enérgicamente”, Lorenzo Montúfar, *Walker en Centroamérica* (Alajuela, Costa Rica: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2000), 451.

construidos en las décadas de 1850 y 1860. El esfuerzo del Estado salvadoreño para organizar y enviar varios contingentes militares al teatro de la guerra debe ser apreciado en las circunstancias históricas en que se produjo. El desastre militar de San José de la Arada frente al ejército de Carrera había sucedido apenas cinco años antes de la participación militar salvadoreña en Nicaragua, la capital del Estado, San Salvador, había sido destruida por un macro-sismo la noche del 16 de abril de 1854 y a principios de la temporada de invierno de ese mismo año hubo una gran plaga de chapulines o langostas que destruyeron las sementeras de muchos agricultores causando una grave escasez de alimentos que produjo hambre y miseria.

La principal fuerza militar del Estado era de origen miliciano³⁴. La crónica escasez de recursos financieros había obligado a licenciar a la mayor parte de las tropas veteranas que sobrevivieron a la violenta ruptura de la Federación. Las milicias auxiliaban en caso de guerra al pequeño núcleo de veteranos que constituía la fuerza militar permanente del Estado y ayudaban a las municipalidades a guardar el orden público. Al mismo tiempo las milicias eran una reserva de fuerzas vivas para organizar fuerzas militares en situaciones como la emergencia de 1856. La organización de milicias en aquellos tiempos era muy defectuosa por lo que “fue una enorme empresa alistar un número de ejército tan crecido”³⁵. La institución militar del Estado carecía de leyes y ordenanzas propias³⁶. Además el escalafón militar no había sido organizado y no existía un

³⁴ El 30 de marzo de 1853 se emitió un decreto que “facultaba al ejecutivo para organizar a las milicias, sin exceder de 4,000 hombres, los cuales gozarían de fuero desde el momento en que se incorporaran al servicio”, en López, 180.

³⁵ *Ibid.*

³⁶ El 31 de marzo de 1857, un día después de enviar el tercer contingente del ejército salvadoreño a Nicaragua, el presidente Campo decretó la formación del escalafón militar de la República. El 23 de marzo de 1857, Campo había decretado la adopción de la Ordenanza General española como ley reglamentaria y penal del ejército salvadoreño en un esfuerzo por organizar el ramo militar de la Administración Pública en plena guerra. Antes de esa fecha, el ejército carecía de leyes y ordenanzas propias aunque prevalecían, de hecho, las antiguas ordenanzas españolas. A través de estos decretos Campo colocó bases firmes para una mejor organización de la fuerza militar del Estado.

cuerpo de oficiales propiamente dicho³⁷. Los jefes militares tenían nociones muy básicas sobre táctica y estrategia y su conocimiento del arte militar derivaba fundamentalmente de la experiencia. Muchos oficiales no sabían leer ni escribir. Es preciso, sin embargo, hacer notar que el examen minucioso de los partes militares revela que los jefes, oficiales y tropa de esta fuerza casi improvisada eran capaces de realizar movimientos tácticos sobre el terreno, de ejecutar largas marchas manteniendo el orden y organizando descubiertas, de resolver complejos problemas logísticos y de conservar la disciplina³⁸ ante las fuerzas enemigas. La experiencia militar de algunos jefes y oficiales no era en absoluto despreciable, el general Ramón Belloso había servido como militar la mayor parte de su vida participando en las guerras de la Federación, el sitio de León en 1844-1845, la batalla de San José de la Arada y la Guerra Nacional contra los filibusteros, el general Indalecio Cordero, segundo jefe de las fuerzas salvadoreñas en Nicaragua, había participado en la defensa de San Salvador

³⁷ En estos tiempos no era extraño encontrar oficiales centroamericanos sirviendo en ejércitos de otros Estados centroamericanos. El general del ejército costarricense José María Cañas era salvadoreño, el coronel Domingo Asturias de las fuerzas expedicionarias salvadoreñas era guatemalteco, etc.

³⁸ A diferencia de los graves casos de indisciplina protagonizados por las tropas guatemaltecas en el mal ejecutado ataque a Granada del 12 de octubre de 1856, parece que los expedicionarios salvadoreños siempre observaron disciplina cuando se encontraron frente al enemigo. Un veterano de dicha fuerza recordaba que “el comportamiento de esta expedición fue irreprochable en todo sentido; nunca dio lugar, en el país extraño en el que se encontraba, a la censura más leve”, Juan J. Cañas, “General don Ramón Belloso”, en *San Salvador y sus Hombres* (San Salvador, El Salvador: Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones, 1967), 122. No existen registros de casos de amotinamiento entre las fuerzas de El Salvador y Guatemala durante la Guerra Nacional, sin embargo hubo incidentes violentos entre los soldados de diferentes nacionalidades acuartelados en León durante el largo período previo al inicio de las operaciones ofensivas contra los filibusteros: “los leoneses recordaban a Belloso al lado de Malespín en 1844, destruyendo la primera de las ciudades de Nicaragua. Estos lamentables recuerdos históricos fueron causa de muchos disgustos entre leoneses y salvadoreños. Todo esto dio lugar a riñas y a insultos. No tardaron mucho en convertirse los insultos en agresiones de hecho, y a cada momento había en las plazas y calles de León peleas, cuchilladas y efusión de sangre. Llegó por fin la situación a tal punto, que fue preciso prohibir que los soldados guatemaltecos y salvadoreños salieran de sus respectivos cuarteles”, Montúfar, 354 - 355. Habría que examinar los periódicos de León de 1856 y 1857, haciendo especial énfasis en el largo período de acuartelamiento de las tropas entre los meses de julio y septiembre de 1856, para poder establecer el impacto de la presencia de miles de soldados salvadoreños, guatemaltecos y nicaragüenses en la vida cotidiana de la sociedad leonesa.

en 1828, ascendió a teniente coronel en 1829 combatiendo en el ejército del general Francisco Morazán, fue comandante de la División Vanguardia en 1844 y participó junto al general Francisco Malespín en las campañas de Jutiapa y el sitio de León en Nicaragua en 1844-1845. Otro oficial, Juan Choto, también había seguido al general Malespín a Nicaragua en 1844 y tomó parte en el sitio de León³⁹.

La organización de una fuerza militar del tamaño de la que fue enviada a Nicaragua a combatir contra los filibusteros americanos en 1856-1857 debió ser una labor particularmente difícil. La obligación de realizar los reclutamientos y perseguir a los evasores y desertores era responsabilidad de los alcaldes. El gobierno del Estado emitió disposiciones y estableció penas muy severas para castigar a los desertores capturados. Un decreto de 1852 determinó que “todo aquel que aprehenda a un desertor veterano será premiado con cinco pesos, que en moneda corriente y de gastos militares deberá entregarle el Tesorero general en esta capital, o los administradores de Alcabalas en los departamentos”⁴⁰. Los castigos aplicados a los desertores capturados eran extremadamente severos tal y como lo revela una nota enviada por el secretario de la Comandancia General del Estado al comandante militar de San Vicente en abril de 1855: “Todo desertor tan luego que sea capturado se castigará con doscientos palos, si fuere soldado; y si clase sufrirá la misma pena, previo el despojo que se ejecutará con toda la formalidad de la ordenanza”⁴¹. Poco antes de que el gobierno de El Salvador declarara la guerra a los filibusteros, una escolta militar fue observada por vecinos de un barrio de San Salvador conduciendo “a punta de bayoneta” a un hombre herido que después marchó a Nicaragua con la fuerza expedicionaria y “se distinguió como valiente y entendido oficial en los combates de Masaya contra los filibusteros, obtuvo honores y ascensos en el mismo

campo de batalla, fue mencionado con palabras de encomio en los boletines de la guerra y murió heroicamente en el sitio de Granada. Se llamaba Longino Viche”⁴². El autor anónimo del mismo texto relata que en el año 1856 San Salvador contaba con alumbrado público de aceite, de manera que “...ya había uno que otro paseante durante la noche; más sobrevino la campaña nacional y las escoltas perseguían sin cesar a los hombres para alistarlos en cuerpos expedicionarios”⁴³. A pesar del uso y la amenaza de uso de métodos coercitivos el sistema de reclutamiento funcionaba a veces de manera defectuosa debido a que las órdenes del ejecutivo no siempre eran cumplidas en este tipo de asuntos públicos. En 1845 el gobierno del Estado pretendía aumentar el reclutamiento ante ciertas amenazas al orden interno y por lo tanto

[...] a mediados de marzo de ese año se exigió al departamento de San Vicente 500 hombres para aumentar la fuerza que defiende la integridad del territorio y la libertad pública. Al final se logró reunir solo 202. El 27 de marzo se ordenó a San Vicente reclutar 200 hombres más y recoger 5,000 pesos como parte de un empréstito forzoso. A cada pueblo le tocaba entregar entre 4 y 30 hombres. De las 16 municipalidades del departamento, 15 enviaron sus hombres pero Sensuntepeque no quiso enviar los 25 soldados que le correspondían⁴⁴.

Aunque el historiador salvadoreño Jorge Lardé y Larín afirma que la primera división del ejército expedicionario ya estaba formada y reconcentrada en San Salvador a fines del

³⁹ Cañas, 318.
⁴⁰ Citado por López, 53.
⁴¹ *Ibid.*, 192.
⁴² *Diario del Salvador*: “El Salvador de antes y El Salvador de ahora”, febrero, marzo y abril 1902; García, 141-164. Longino Biche es mencionado por el general Bellosio en su parte del combate de Masaya del 14 de octubre de 1856. El jefe salvadoreño relata que la llegada del enemigo a la ciudad había sido descubierta y que “al momento mandé tocar llamada general e hice salir una partida de diez hombres por el punto que otro indígena me había informado haberlos visto. Esta partida los encontró en efecto y, después de tirotearlos, regresó el oficial Longino Biche que la comandaba, y me informó hallarse precisamente los filibusteros en la Iglesia de San Sebastián situada al Sur de la población, por lo que tuve a bien nombrar dos guerrillas de a 20 hombres, la una al mando del mismo oficial Biche y la otra a las órdenes del oficial Marcelino Reyes, los que llevaron órdenes de cargar fuertemente al enemigo”, Miguel Ángel García, *Diccionario Histórico-Enciclopédico de la República de El Salvador* (Tomo VII, San Salvador, Imprenta Nacional), 292-294.

⁴³ *Diario del Salvador*: García, 292-294.

⁴⁴ López, 182.

mes de junio de 1856⁴⁵, parece ser que dicha fuerza no fue organizada y concentrada en un mismo lugar. La descripción de la marcha de esa primera fuerza expedicionaria por un integrante de la misma ilustra convincentemente el orden de marcha de una fuerza integrada por milicias regionales. De acuerdo con el testimonio mencionado, 200 hombres salieron de San Salvador para Cojutepeque, sede del gobierno a consecuencia de la ruina de San Salvador por el terremoto del 16 de abril de 1854, conducidos por el general Ciriaco Choto. La base de la fuerza militar que marcharía a Nicaragua se formó en Cojutepeque, la fuerza salió de Cojutepeque el jueves 12 de junio de 1856 y en San Vicente integró una tropa de 200 hombres. La fuerza expedicionaria recibió finalmente en San Miguel otros 200 hombres antes de embarcarse en La Unión rumbo a Nicaragua. Las fuerzas de Cojutepeque estaban integradas, en su mayoría, por hombres de comunidades indígenas fuertemente cohesionadas⁴⁶ con fama de aguerridos en el combate⁴⁷.

El testimonio del veterano de guerra Francisco C. García permite deducir que la primera fuerza expedicionaria enviada por el gobierno salvadoreño a Nicaragua fue constituida sobre la marcha, que probablemente la mayoría de los soldados no conocían a los jefes que los conducían al frente de combate y

que las tropas no habían tenido tiempo de realizar prácticas de entrenamiento de forma conjunta. Posiblemente los soldados recibieron sus armas y equipos durante la concentración previa al inicio de la marcha⁴⁸. La instrucción de esta fuerza debe de haberse completado en sus acuartelamientos en León, Nicaragua, lo cual debe de haber contribuido a la demora de las fuerzas aliadas en aquella ciudad junto con los estragos de las enfermedades, la temporada de lluvias y las divisiones entre los nicaraguenses⁴⁹.

Fuerzas expedicionarias de Honduras

La accidentada topografía de Honduras combinada con la ausencia de vías de comunicación adecuadas y una baja densidad demográfica hacia particularmente difícil para los gobernantes la recolección de impuestos y el reclutamiento con propósitos militares. Las comunidades, casi ermitañas, de las tierras altas permanecieron relativamente aisladas del mundo exterior durante la mayor parte del siglo diecinueve y los pobladores de dichas comunidades eran renuentes a permitir la ingerencia del gobierno en sus asuntos.

⁴⁵ "En fines de junio de 1856 se tenía reconcentrada en San Salvador la primera división mencionada, formada de 800 plazas, con su caja militar bien provista y cada soldado bien armado, vestido y equipado de todos los útiles necesarios para la campaña. Nada se dejó al azar: se sacaron del almacén general del ejército armas, gran cantidad de parque, plomo en bruto, pólvora en grano, vestuarios de tropa y demás repuestos para equipar perfectamente a la división vanguardia". Lardé y Larín, 64.

⁴⁶ Estas comunidades negociaban exitosamente alianzas a nivel local, regional, nacional y, a veces, internacional con el propósito de salvaguardar sus intereses y acrecentar su poder. La centralización del poder estatal y la modernización y fortalecimiento del ejército a finales del siglo XIX disminuyó el poder municipal y suprimió la importancia de dichos actores sociales en el proceso político nacional. Aldo Lauria-Santiago, *An Agrarian Republic: Commercial Agriculture and the Politics of Peasant Communities in El Salvador, 1823-1914* (Pittsburgh, Pennsylvania: University of Pittsburgh Press, 1999).

⁴⁷ "En 1856 los cojutepeques tuvieron una brillante participación en la guerra contra los filibusteros librada en territorio nicaragüense. Entonces hicieron famoso su grito de guerra adentro Cojutepeque". Chacón, 73, citado por: Patricia Alvarenga, *Cultura y Ética de la Violencia. El Salvador 1880-1932* (San José, Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA) 1996), 50.

⁴⁸ La preparación militar de los milicianos debe de haber sido muy deficiente considerando el hecho que "a diferencia de la 'fuerza permanente', y excepto en caso de guerra, las milicias no permanecían acuarteladas; se reunían cada domingo bajo las órdenes del alcalde o de un comandante militar para recibir instrucción". López, 181. Es dudoso que todos los milicianos practicaran con armas de fuego durante las escasas horas de la instrucción dominical, posiblemente la mayoría aprendían únicamente a obedecer voces de mando y a hacer evoluciones en el terreno armados de palos.

⁴⁹ "Hay muchas personas que han querido y quieren disculpar la permanencia tan dilatada de las fuerzas aliadas en la cabecera del departamento occidental, por la división que existía en Nicaragua entre el partido demócrata y el legitimista. Esta división, ciertamente, debe de haber contribuido mucho a que los guatemaltecos y salvadoreños no tomaran desde luego una actitud resuelta y enérgica; pero en nada podía influir para que Paredes y Belloso no acantonaran sus fuerzas en otros lugares donde la insalubridad fuera menor". Montúfar, 417. El ejército aliado salió finalmente de León el 18 de septiembre de 1856, unos días después de la suscripción del Convenio de León, que comprometía a las facciones nicaragüenses a unirse en la lucha para expulsar a los filibusteros americanos, dato que confirma la importancia de falta de unidad de los nicaragüenses como una de las causas principales de la inmovilidad de la fuerza aliada en León.

Al igual que sus vecinos Honduras no disponía de un ejército profesional al servicio del estado. El ejército hondureño era una fuerza irregular dominada por caudillos que servían en primer lugar a sus propias redes de patronato y, a veces, y solo en segundo lugar, al estado central. Las fuerzas militares de origen miliciano movilizadas por el estado en momentos de crisis se caracterizaban por contar con jefes y oficiales sin instrucción militar, reclutas renuentes mal armados y pobremente entrenados en tácticas militares anticuadas. Algunas de estas tropas adquirieron, sin embargo, una feroz reputación en los combates de la década de 1840 como los famosos “pericos” del general Santos Guardiola, soldados del departamento de Gracias, así llamados por su vestidura color verde⁵⁰. El prestigio de Santos Guardiola como caudillo militar creció al frente de sus “pericos”, infantería ligera capaz de realizar rápidas marchas a través de terreno difícil, con los que Guardiola sorprendía frecuentemente a sus enemigos. A inicios de la década de 1850, “el ejército de Honduras constaba de menos de 1,500 hombres, principalmente en la artillería e infantería. No podía haber caballería por las tierras altas, escabrosas”⁵¹.

Al igual que el resto de fuerzas militares centroamericanas, los soldados hondureños estaban armados con mosquetes británicos, probablemente Brown Bess. El viajero americano William V. Wells visitó en 1854 en Tegucigalpa el cuartel “donde el comandante de la plaza se aloja. El centinela repatingado, asumió una postura erecta y presentó armas cuando pasábamos. En la entrada había varias filas de mosquetes brillantemente pulidos, de fabricación inglesa; estas fueron en verdad todas las armas que vi en uso público en Centro América. Todas tenían

⁵⁰ Manuel Vidal, *Nociones de Historia de Centro América* (Especial para El Salvador) (Sexta Edición, San Salvador: Editorial Universitaria, 1961), 221. Otra interpretación del nombre de “Pericos” señala que los soldados graciosos de Guardiola llevaban una cinta verde alrededor de la copa de sus sombreros.

⁵¹ José Guevara Escudero, *Honduras en el siglo XIX: su historia socioeconómica 1839-1914* (Tegucigalpa: Fondo Editorial Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán, 2007), 36.

piedra de chispa y bayonetas”⁵². Los soldados de la pequeña fuerza permanente del estado usaban, al igual que las tropas veteranas de otros estados centroamericanos, uniforme de dril blanco “La mayoría de los soldados son hombres fuertes, visten un sencillo uniforme de dril blanco, con rayas rojas en los pantalones. Todos los que vi en esta ocasión estaban descalzos. Algunos se hallaban durmiendo en rústicas bancas de madera en el patio, otros jugaban, bebían o compraban una especie de dulces de panela y coco a una vieja que los llevaba en una canasta. Se levantaron y corrieron a presentar armas cuando entró el viejo General (Cabañas). En un cuarto interior vimos alrededor de cuarenta mosquetes, la mayoría de desecho, varias cajas de parque y una vieja pieza de artillería calibre de tres pulgadas y montada en una cureña de pesadas ruedas. Se nos mostró con orgullo un obús de los seis vendidos al gobierno por la Compañía del Ferrocarril, y unos pocos rifles. Ninguna de estas armas había sido usada en las batallas del país, porque sólo había un hombre en el ejército que sabía el uso de la artillería y él se negaba a hacer funcionar el obús, debido a su gran calibre y al consiguiente peligro de que estallara”⁵³.

El estado de Honduras se encontraba en una lamentable postración a principios de 1856 después de haber atravesado recientemente por un período de gran inestabilidad política. Las sucesivas expediciones militares enviadas por el general Cabañas a Nicaragua en auxilio de las fuerzas democráticas y los gastos militares para sofocar rebeliones internas apoyadas por Guatemala habían agotado los limitados recursos financieros del estado. Nueve acciones de guerra y capitulaciones habían ocurrido en el año 1855. Aparentemente las pérdidas en vidas humanas no habían sido muy altas⁵⁴ pero el costo de mantener

⁵² William V. Wells, *Exploraciones y aventuras en Honduras* (San José: Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), 1978), 177, 178

⁵³ Wells, 178

⁵⁴ El número de muertos y heridos, en dos de las principales acciones en el Sauce, el 18 de agosto, y en la villa de Santa Rosa, el 24 del mismo mes, fue de 61 y 22. José V. Vásquez, *Album Cívico Hondureño* (Segunda Edición, Tegucigalpa: s.p.i., 1970), 160.

sobre el terreno fuerzas militares disponibles y la conmoción social provocada por el reclutamiento había colocado al estado en una situación ruinoso. Los conservadores que asumieron el poder después de la derrota del general Cabañas culpaban a su administración por la situación financiera del país.

Intervención militar hondureña en la guerra civil nicaragüense

Honduras fue el único estado centroamericano que se involucró directamente con fuerzas militares en la sangrienta disputa faccionalista nicaragüense iniciada en 1854. La participación hondureña, durante la presidencia del general José Trinidad Cabañas, en el conflicto civil nicaragüense a favor de los democráticos fue más importante, desde el punto de vista político y militar, que su participación en la guerra contra los filibusteros. El gobierno de Guatemala trató de ayudar a los legitimistas “pero encontró oposición en el gobierno de El Salvador”⁵⁵ que simpatizaba con los democráticos de León. El presidente guatemalteco Carrera deseaba la victoria de los legitimistas de Frutos Chamorro para debilitar y eventualmente derrocar a su rival Cabañas e imponer a Santos Guardiola como presidente de Honduras. El presidente Cabañas ayudó a los democráticos con el fin de obtener una victoria que significaría para los liberales hondureños el establecimiento de un gobierno aliado en su frontera oriental. Cabañas envió una división al mando del general Francisco Gómez que arribó a Jalteva el 15 de julio durante el sitio de Granada por los leoneses. Los hondureños fueron derrotados al siguiente día por una fuerza legitimista granadina. Los restos de la división hondureña fueron diezmados por la fiebre amarilla que

causó la muerte de su jefe el general Gómez. Cabañas organizó una nueva fuerza que envió a Nicaragua al mando del coronel Cáceres. El gobierno de Honduras envió también una fuerza de casi 300 hombres al mando del coronel español José María Oliva que sufrió sensibles pérdidas en una emboscada legitimista en un paraje llamado Malpaso cerca de Teustepe. Oliva ocupó no obstante dicha población después de rechazar a los legitimistas que lo habían atacado. El coronel Oliva fue muerto posteriormente en Masaya por un cañonazo⁵⁶. Otro jefe hondureño, el general Álvarez acababa de llegar a Masaya al frente de una fuerza militar de su país. Cabañas envió además una columna al mando del general José Antonio Ruiz, hijo del general Francisco Morazán, quién derrotó el 13 de octubre en Palacaguina a una fuerza legitimista bajo el mando de un leonés, el coronel Clemente Rodríguez, vecindado en Honduras y enemigo de Cabañas, y del hondureño Pedro Xatruch, quién combatía en el bando legitimista junto con su hermano Florencio⁵⁷. Una fuerza hondureña fue derrotada en Jinotepe por los legitimistas. Después del combate, el entonces teniente coronel Tomás Martínez ejecutó a 5 oficiales hondureños capturados en la acción aplicando el decreto de muerte del 10 de mayo de Chamorro. La guerra civil nicaragüense consumió importantes recursos humanos, militares y financieros del estado hondureño y produjo entre los vecinos de las comunidades campesinas una indisposición a la participación en nuevas aventuras militares lejos de sus hogares.

⁵⁶ Montúfar, 38, 41, 42, 48

⁵⁷ “Los coroneles Pedro y Florencio Xatruch eran enemigos implacables de Cabañas y estaban ligados con Guardiola por vínculos de familia”, Montúfar, 47

⁵⁵ Marco Antonio Soto Valenzuela, Cnel, *Guerra Nacional en Centroamérica* (2a. edic., Guatemala: Editorial “José de Pineda Ibarra”, Ministerio de Educación, 1975), 24.

Guardiola y la guerra contra los filibusteros

Una vez derrocado Cabañas con auxilio guatemalteco⁵⁸, el general Guardiola estableció su gobierno sin ocuparse demasiado de la presencia de los filibusteros en Nicaragua. La mayoría de los historiadores subrayan la “apatía” del gobierno de Guardiola en Honduras aparentemente reacio a enviar tropas a combatir a los filibusteros americanos en Nicaragua no obstante haber comprometido a su gobierno al respecto mediante la firma de una Convención con los gobiernos de El Salvador y Guatemala el 18 de julio de 1856⁵⁹. Las presiones de los aliados, particularmente las de su protector guatemalteco obligaron a Guardiola a cambiar su actitud. Montúfar señala que “el general Guardiola, muy a su pesar, tuvo que salir de la apatía en que lo había colocado su indiferencia” subrayando que “era imposible que permaneciera por más tiempo de simple espectador, estando su aliado, protector y amigo, el general Carrera, resuelto a combatir a Walker”⁶⁰. La demora del gobierno hondureño en cumplir a medias el compromiso de la Convención obedecía a que, en realidad, el presidente Guardiola no deseaba en aquel momento “enviar fuerzas militares a Nicaragua, sino fortalecer su situación política en Honduras y prepararse para mantener controlada la oposición interna”⁶¹.

⁵⁸ “Cabañas cayó del poder en octubre de 1855 por un movimiento encabezado por el general Juan López en los llanos de Masagua”, Vidal, 233. Juan López derrocó al presidente Cabañas con una fuerza militar financiada por el gobierno de Rafael Carrera y su victoria permitió a Guardiola acceder a la presidencia del estado. López, resentido por haber sido desplazado del poder, se convirtió en enemigo mortal de Guardiola y fue figura prominente en la conspiración que derivó en el asesinato del caudillo por su guardia presidencial en 1862.

⁵⁹ Los gobiernos de los tres países se habían comprometido a través de la Convención del 18 de julio de 1856 a enviar 4,000 soldados a Nicaragua distribuidos de la siguiente manera: 2,000 guatemaltecos, 1,500 salvadoreños y 500 hondureños. El gobierno del general Guardiola no cumplió con los acuerdos de la Convención ya que solamente envió, tardíamente, entre 250 y 300 hombres de los cuales arribaron escasos 200 al teatro de la guerra.

⁶⁰ Montúfar, 375

⁶¹ Porfirio Pérez Chávez, *Santos Guardiola, Política y Guerra Filibustera* (Tegucigalpa: Editorial Universitaria., 2006) 414.

Guardiola aprovechó la circunstancia de la amenaza filibustera en Nicaragua para fortalecer su posición en el poder y debilitar a sus adversarios. El presidente hondureño estableció una serie de empréstitos y donaciones forzosas⁶² con el propósito aparente de financiar a las fuerzas expedicionarias que serían enviadas a Nicaragua. El gobierno estableció, a principios de 1856, un empréstito sobre los capitales superiores a los 300 pesos. Además, el gobierno central decretó un aporte mensual de 5,700 pesos plata de todos los departamentos del país en noviembre del mismo año. En febrero del siguiente año, el gobierno decretó un nuevo aporte de 15,500 pesos plata de todos los departamentos pero que afectó principalmente a Tegucigalpa y a Olancho. Guardiola decretó, con motivo de la aparición del filibustero Walker en Trujillo en 1860, “un aporte mensual de 9,000 pesos plata, que duraría mientras el estado se hallara en peligro de guerra”⁶³. Guardiola trató de incluir a la Iglesia en su política de empréstitos forzosos provocando la resistencia de los sacerdotes y del obispo Hipólito Casiano Flores que propuso como alternativa “una donación voluntaria de los sacerdotes propietarios de las distintas vicarías”. Finalmente el gobierno aceptó un donativo mensual de 389 pesos para contribuir a los gastos de guerra⁶⁴. Según el historiador hondureño Porfirio Pérez Chávez, miembros de la oposición política al gobierno de Guardiola “se preguntaban, y con razón, por qué tantos empréstitos si Honduras no estaba mandando de manera inmediata las tropas a Nicaragua”.

El 7 de julio de 1856 el presidente Guardiola lanzó una proclama en Comayagua “convencido de que ningún centroamericano que abrigue sentimientos de patriotismo, puede permanecer frío espectador de tan escandalosos atentados,

⁶² “Empréstitos que, según los comerciantes y propietarios, los tenían al borde de la quiebra, empréstitos y donaciones forzosas que, resienten profundamente a los comerciantes y se convierten en una de las causas para querer derrocar al gobierno de Guardiola, considerándolo un agiotista de los empréstitos y de las rentas del Estado. Guardiola, entonces, establece los empréstitos con el supuesto de atacar a Walker, pero en el fondo, le sirven para prepararse en el futuro en contra de la oposición, y como medida para debilitarla”, Pérez Chávez, 418.

⁶³ Pérez Chávez, 417- 418.

⁶⁴ Pérez Chávez, 354 - 357.

obedeciendo al imperioso deber de procurar nuestra propia conservación, defendiendo a nuestros hermanos, he ordenado al señor general don Juan López, marche a la frontera con las fuerzas que se mandan a poner bajo sus órdenes, adonde se irán dirigiendo las que se vayan reuniendo en los departamentos, hasta formar un ejército respetable, que coopere poderosamente, en la expulsión de los filibusteros”⁶⁵. Guardiola permaneció, a pesar de la retórica unionista de su proclama, como “frío espectador” durante cuatro meses y once días más a pesar de las súplicas de sus aliados. La columna⁶⁶ que salió de Tegucigalpa hacia Nacaome el 20 de julio al mando del general Juan López, permaneció en ese lugar hasta el 18 de noviembre cuando el coronel Florencio Xatruch recibió ordenes de marchar al teatro de la guerra al frente de una columna de 300 hombres⁶⁷, de los cuales solamente 200 llegaron a Granada la tarde del 11 de diciembre de 1856 cuando los combates por dicha ciudad estaban a punto de finalizar. El contingente hondureño, agotado por la larga marcha al teatro de operaciones, participó íntegramente, pese a la oposición inicial de su general en jefe, la noche de ese mismo día junto a salvadoreños y nicaragüenses en un desafortunado combate en la trinchera de Santa Lucía, que les causó sensibles pérdidas⁶⁸ y dispersó a los

⁶⁵ Soto Valenzuela, 79

⁶⁶ Según Montúfar la columna hondureña al mando del general Juan López era de 600 hombres y entre sus jefes figuraban los generales Pedro y Florencio Xatruch, Montúfar, 377

⁶⁷ En la memoria del primer año de la administración Guardiola presentada por el Ministerio General en Comayagua el 21 de enero de 1857 se registraba que el general Florencio Xatruch había marchado hacia Nicaragua con 250 hombres, citado por Pérez Chávez, 162.

⁶⁸ Según el informe del general Florencio Xatruch al ministro de guerra del gobierno hondureño la división hondureña en ese combate sufrió bajas que representaron un 15,5 % de su fuerza total. Xatruch informó que “al siguiente día lo más temprano que pude empecé la marcha, y ese mismo día llegué a esta ciudad como a las cinco de la tarde. En la noche se supo que el enemigo se preparaba a saltar en tierra, y se me pidió la fuerza que traje para contenerlo. Me negué a esto por el cansancio de mis soldados motivado por la larga jornada del día. Se me suplicó por segunda y tercera vez y me vi en el caso de ceder la primera compañía de la división. Los Yanquis que estaban en el vapor desembarcaron en efecto y como a las 11 de la noche empezó el tiroteo por el lugar que llaman Las Pilitas. Comprendiendo al poco rato que el fuego animaba y que el enemigo avanzaba, y no siendo suficiente la fuerza que lo contenía en aquel punto me vi en el caso de empeñar en el combate toda la división para socorrer a los primeros. En esa acción tuve la pérdida del Teniente don Juan Arriaga, el Brigada Trinidad Castillo y cinco soldados, heridos de gravedad los subtenientes don Jacinto Lozano, don Tomás Vázquez y don Damián Navarro. Severamente los Tenientes don Tiburcio Acosta, don Ramón Chávez y 19 de tropa y entre ellos algunos de gravedad”, Citado por Pérez Chávez, 96.

sobrevivientes en las ruinas de la ciudad, sin poder impedir que una agresiva fuerza filibustera recientemente desembarcada por Walker entrara a rescatar a la fuerza de Henningsen sitiada dentro de la ciudad de Granada. La segunda división hondureña al mando del general José María Medina se había desintegrado totalmente en Segovia debido a la desertión de sus integrantes⁶⁹.

La reducida participación hondureña en la campaña contra los filibusteros americanos en Nicaragua se debió en primer lugar al temor del presidente Guardiola a la oposición interna que podría aprovechar la distracción de los escasos recursos del estado en el conflicto nicaragüense para reorganizar sus fuerzas y derrocarlo. En segundo lugar debe subrayarse la resistencia exitosa de las comunidades campesinas hondureñas al reclutamiento masivo de sus hombres para ir a combatir a Nicaragua. El impacto negativo del reclutamiento realizado por el gobierno de Cabañas para participar en la guerra civil nicaragüense predispuso a las comunidades semi-ermitañas de las tierras altas, en donde se concentraba la inmensa mayoría de la población del estado, hacia futuras campañas de reclutamiento. Los pobladores y las autoridades de las municipalidades desplegaron su ingenio para que los miembros de sus comunidades evadieran el servicio militar. Un argumento usado por muchas comunidades como Gualcince, Opoteca, San Pedro Morolica y Chinda en el año 1856 fue la necesidad de trabajadores para construir o reparar iglesias en mal estado⁷⁰. Las peticiones de exención del servicio militar enviadas por autoridades de las corporaciones municipales a gobernadores políticos, ministros y al presidente del estado

⁶⁹ “El general Medina regresó feliz a Honduras; no tenía intención de poner en peligro su vida en Nicaragua; por el contrario, tenía serias intenciones de unirse con la oposición y arrebatarle el poder a Guardiola”, Pérez Chávez, 416.

⁷⁰ Por ejemplo, la secretaria municipal de Opoteca fundamentó su petición al presidente Guardiola el 26 de febrero de 1856 en los siguientes términos: “mirando la casa de adoración tan deteriorada que por momentos se viene abajo, acordó en una de sus sesiones el benéfico y religioso paso de reedificar el mencionado templo en todo el año presente, pidiendo antes al gobierno se digne exonerar a los vecinos de este pueblo del servicio de las armas, que tanto los atemoriza y los hace emigrar; de manera que sin aquella garantía no podrá realizarse el pensamiento de la Corporación”, citado por Pérez Chávez, 172.

durante la guerra contra los filibusteros fueron numerosas⁷¹ y el uso recurrente del argumento sugiere que por lo menos algunas de ellas lograron su propósito.

El problema de las deserciones

El problema de las deserciones⁷² en la Guerra Nacional no ha recibido demasiada atención de parte de los historiadores, sin embargo, la magnitud del problema fue tan grande que los gobiernos aliados de Honduras, El Salvador y Guatemala tomaron medidas conjuntas⁷³ para perseguir y capturar a los soldados que intentaban retornar a sus hogares después de desertar de las fuerzas expedicionarias de los respectivos estados enviadas a combatir a Nicaragua. Los desertores burlaban frecuentemente a sus perseguidores cruzando los límites del estado e internándose en los estados vecinos⁷⁴. Pérez Chávez observa al respecto que “el 18 de abril de 1857

⁷¹ Pérez Chávez, 174.

⁷² Las deserciones han sido un serio problema enfrentado por todas las fuerzas militares en todas las épocas históricas. Las deserciones en el ejército norteamericano en el año 1826 superaron en un 50% el total de los alistamientos. El presidente de la Confederación, Jefferson Davis, reportó al Congreso en 1864 la deserción de dos terceras partes de su ejército. El rango de deserción de las fuerzas militares norteamericanas en la guerra de Corea era de 22.5 por cada mil efectivos. Durante la Segunda Guerra Mundial este rango había alcanzado su punto máximo en 1945 con 63 hombres por cada mil enlistados. En plena guerra de Vietnam, en el año 1970, solamente el Ejército tenía registrados 65,643 desertores, número que equivalía a los efectivos de cuatro divisiones de infantería. Robert D. Heintz, Jr. (Coronel), “The Collapse of the Armed Forces”, *Armed Forces Journal* (June 7, 1971), www.danford.net/collapse.htm; En Nicaragua desertaron 700 filibusteros de un total de 2.518 hombres. Scroggs, 1974.

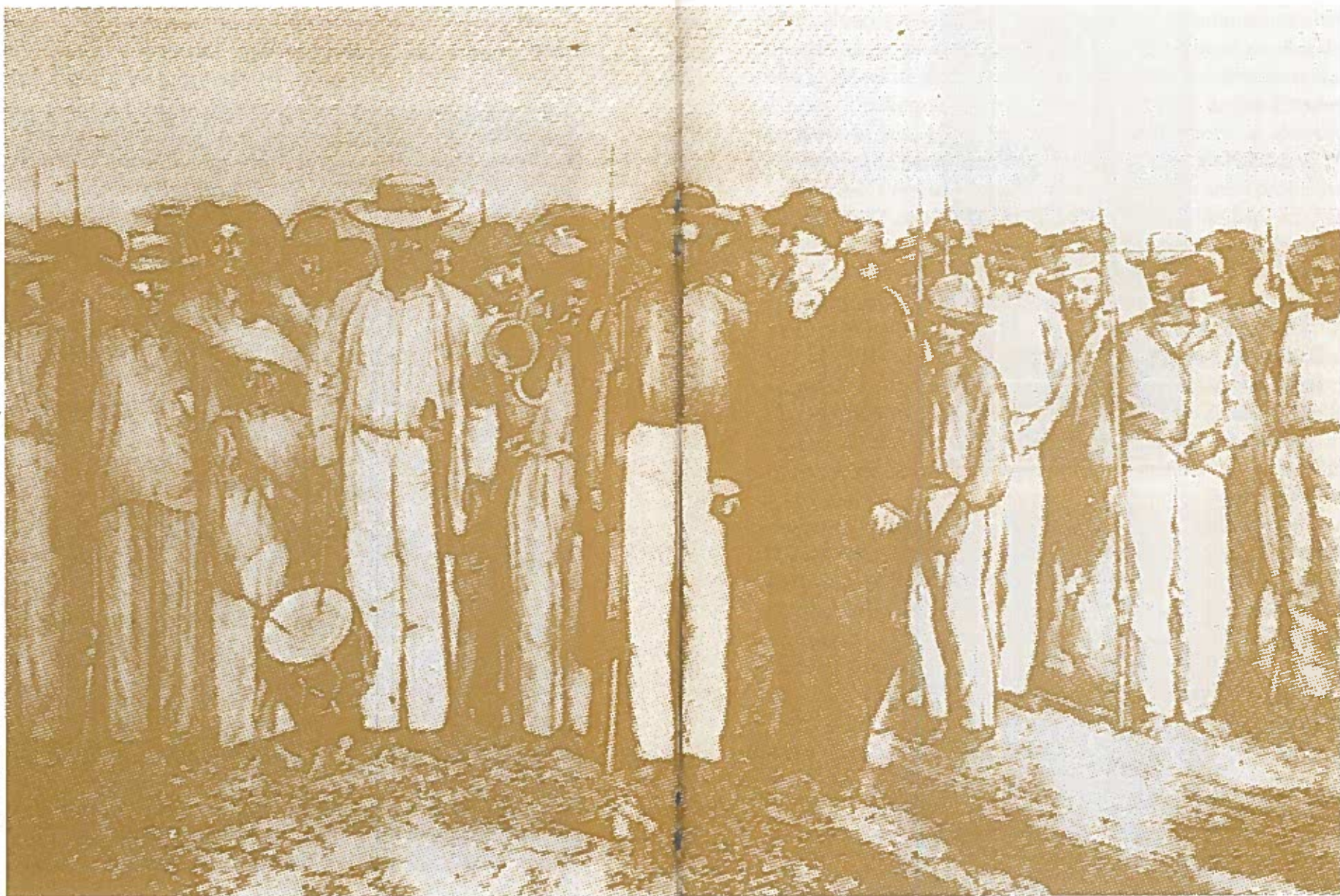
⁷³ El Ministro General del gobierno salvadoreño comunicó, el 18 de abril de 1857, el contenido de un acuerdo entre los gobiernos de El Salvador y Guatemala para desalentar las deserciones. Según dicho acuerdo del 16 de abril de 1857 “: 1. Los desertores de las fuerzas de Guatemala que se asilen en los pueblos de este Estado pueden ser puestos sobre las armas en las fuerzas de El Salvador. 2. Para proceder a la captura de los desertores que se encuentren en las fronteras de Guatemala, donde no haya pueblos, se permite la intervención de fuerza armada recíprocamente”. Citado por Pérez Chávez, 179.

⁷⁴ El comandante del departamento de Comayagua comunicó al Ministro de Guerra el 15 de mayo de 1856 que el comandante local del distrito de Chinacla le había informado “que varios soldados de esta Compañía han desertado encaminándose para el Estado de El Salvador, bajo la confianza ... de que aquel Estado ampara no solo a los militares, sino a toda clase de personas de este Estado, y por lo mismo no he querido ocuparme en reclamar los soldados fugitivos porque es trabajar en vano”. Citado por Pérez Chávez, 174, 175.



General Ramón Belloso

Fuente: Ramón Belloso, Jorge Lardé y Marín



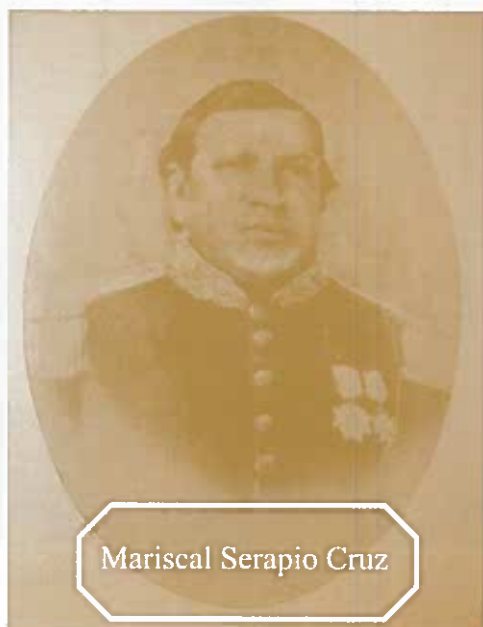
**Partida de milicianos salvadoreños
2a. mitad del Siglo XIX.**

Fuente: Historia de El Salvador, T. J., Ministerio de Educación Pública.



Gral. José Víctor Zavala

Fuente:
*Rafael Carrera y la
creación de la República
de Guatemala.*
Ralph Lee Woodeard, Jr.



Mariscal Serapio Cruz

Fuente:
*Barrios ante la
posteridad,*
Victor Miguel Díaz

el gobierno salvadoreño informaba al de Honduras que, por excitación del de Guatemala, sería necesario dictar un decreto con el objeto de hacer efectiva la captura de los desertores del ejército aliado que se asilaran en el territorio de los Estados comprometidos, para que no fuera infructuoso el decreto solicitaba que fuera secundado por el gobierno de Honduras”⁷⁵. La presencia de desertores armados creaba un serio problema de seguridad debido a que “estos desertores, no está de más decírselo, desertan con armas y municiones, con el tiempo, son los salteadores y ladrones que muy bien armados atentan contra la seguridad ciudadana, bandas de asaltantes y asesinos que aterran en los pueblos alejados, y en los lugares fronterizos”⁷⁶.

En Honduras el gobierno central enviaba partidas armadas de reclutamiento a los departamentos del interior de la república. El viajero norteamericano William V. Wells relata su encuentro con una escolta de reclutamiento al noroeste de Tegucigalpa que trató de reclutar forzosamente a su sirviente y a otros miembros hondureños de su comitiva de viaje. El norteamericano observó a los enganchados a la fuerza describiéndolos de la manera siguiente: “por un ramal del camino apareció en aquel momento, con una comitiva como de doscientos hombres en filas de dos en dos, sucios y en harapos, y por todo las criaturas más desharrapadas (sic) que hasta entonces había visto en el país”⁷⁷. El coronel al mando de la escolta, de apellido Rubí, le manifestó que a pesar de todo lo que hacía el general Cabañas por los enganchados, éstos aprovechaban “la primera oportunidad para huir y

⁷⁵ Pérez Chávez, 178, 179. Una parte considerable de la información de este apartado tiene como fuente la importante obra del historiador hondureño Porfirio Pérez Chávez sobre Santos Guardiola y la guerra contra los filibusteros. Pérez Chávez cita en su obra cerca de 500 documentos encontrados en el Archivo Nacional de Honduras.

⁷⁶ El gobernador político y militar del departamento de Choluteca comunicó, desde Nacaome el 7 de enero de 1856, al Ministro de la Guerra que “desde que se abrió campaña contra los filibusteros en Nicaragua y que ingresaron en aquella República las fuerzas de Guatemala y El Salvador, se ha notado una numerosa desertión; por eso hace 10 días que en partidas de 40 hasta 100 pasan armados. No manifiesto los daños que han causado pero si diré que los pueblos de este departamento serán víctimas de los desertores”. Citado por Pérez Chávez, 178 - 179.

⁷⁷ Wells, 215.

volver a sus hogares". El coronel le contó que dos semanas atrás otro coronel que regresaba de Yoro con 100 reclutas para el ejército se quedó solo después de que éstos se rebelaron en el camino y huyeron por los montes. En algunas regiones del país los campesinos resistían violentamente los intentos gubernamentales de engancharlos en el ejército por medio de la fuerza. El coronel Rubí le confesó al viajero Wells que las escoltas de reclutamiento no entraban a Olancho a capturar reclutas debido a que los olanchanos eran "unos diablos" que "portan machetes y fusiles y cuando son muy pocos pelean y se esconden en las montañas con los indios"⁷⁸.

A pesar de que los castigos aplicados a los desertores eran extremadamente severos, los soldados de los ejércitos aliados desertaron durante todo el tiempo que duró la campaña contra los filibusteros. Probablemente el caso más grave de desertión de la Guerra Nacional fue el de la segunda división hondureña al mando del general José María Medina en Segovia integrada por 300 hombres que se disolvió casi totalmente debido a las deserciones⁷⁹. El general Medina no vacilaba en castigar a los soldados insurrectos y desertores con la pena máxima como lo demostró cuando la compañía de Santa Bárbara que integraba su fuerza se insurreccionó, con el propósito de desertar, cerca de Tegucigalpa el 28 de noviembre de 1856. Medina comunicó al gobierno un día después que "habiendo acudido a tiempo se logró conservar la mayor parte, y con dos que se fusilaron la demás fuerza entró al orden"⁸⁰. Las continuas deserciones afectaron a las fuerzas expedicionarias hondureñas desde su permanencia en Nacaome y fue necesario pedir nuevos reclutas a las autoridades de Gracias, Santa Bárbara y Yoro para ocupar los lugares de los desertores⁸¹.

⁷⁸ *Ibid.*, 214.

⁷⁹ El general Medina había comunicado al Ministro de Guerra el 24 de diciembre de 1856 que "siete días con hoy que la fuerza carece de sueldos habiendo permanecido los primeros cuatro sin desertarse; pero no han podido sufrir más y han comenzado a hacerlo". Pérez Chávez, 162 - 163.

⁸⁰ Citado por Pérez Chávez, 177.

⁸¹ *Ibid.*, 160.

El 14 de diciembre de 1856, tres días después de la llegada de las fuerzas expedicionarias hondureñas a Granada, su general en jefe comunicó al Ministro de la Guerra de su país que 21 hombres habían desertado de la primera compañía del departamento de Tegucigalpa, 55 soldados de la segunda compañía del departamento de Choluteca y 21 soldados de la tercera compañía del departamento de Gracias⁸², 97 soldados en total, lo cual explica la llegada de solamente 200 efectivos de los 300 que salieron de Nacaome el 18 de noviembre de ese año. Las deserciones de la reducida fuerza militar hondureña continuaron hasta el final de la guerra; el general Xatruch comunicó a su gobierno el 1 de abril de 1857 la desertión de 5 soldados originarios de Erandique, "todos los cuales se han llevado tali⁸³, bayoneta, cartuchera y cuatro paradas cada uno con la piedra de reserva"⁸⁴.

Controversias sobre las operaciones de las guerras

Las principales fuentes para reconstruir las operaciones militares de la guerra han sido las obras de William Walker, Jerónimo Pérez y Lorenzo Montúfar. Tanto en la memoria nicaragüense como en la costarricense los jefes aliados centroamericanos y el general Belloso en particular son objeto de fuertes críticas y graves acusaciones. Montúfar es especialmente implacable en su juicio sobre las capacidades de los jefes militares centroamericanos observando que

[...] algunos de ellos estaban acostumbrados a los combates fraticidas, en los cuales creían haber obtenido glorias inmarcesibles, pero llegó el momento de luchar con hombres de otro carácter y de otra clase,

⁸² *Ibid.*, 177 - 178.

⁸³ Tali es una variante del término español tahali. El tahali era una correa de cuero que los soldados llevaban cruzada desde el hombro derecho hasta el lado izquierdo de la cintura que sostenía el machete o el sable en el caso de los oficiales.

⁸⁴ Citado por Pérez Chávez, 165.

y nuestros jefes exhibieron escasez de conocimientos militares. Las fugas de Guardiola en El Sauce y en La Virgen, prueban que no era militar, sin embargo de que había estado con las armas en la mano una gran parte de su vida. Los errores que se atribuyen a Martínez y Zavala, de los cuales hablaremos oportunamente y la heroica retirada que hizo Henningsen de la destruida ciudad de Granada hallándose rodeado de miles de combatientes, demuestran que esos generales no reunían las cualidades necesarias para mandar nuestros ejércitos. El general Belloso se exhibió tan tristemente, que hubiera avergonzado a los vencedores de Las Charcas, Mejicanos y Milingo, si desde sus tumbas hubieran podido mirarlo⁸⁵.

Insistiendo en la ausencia de formación académica de los jefes centroamericanos, Montúfar advierte que “si se tienen en presentes las cualidades que deben tener los oficiales generales y superiores para el mando de los ejércitos, no las encontraremos en ninguno de los militares que servían a Centroamérica en ese período histórico”⁸⁶.

Combates de Masaya y Granada

La crítica contra Belloso es dirigida principalmente contra la actuación de este jefe militar en los combates de Masaya y de Granada⁸⁷. La primera batalla de Masaya comenzó con el ataque filibustero en la noche del 11 de octubre de 1856. El día siguiente, fuerzas guatemaltecas y legitimistas nicaragüenses bajo el mando del coronel Zavala y del coronel Estrada atacaron a los filibusteros en Granada mientras Walker combatía en Masaya. El jefe filibustero suspendió el ataque a las defensas aliadas en Masaya para acudir en auxilio de su

⁸⁵ Montúfar, 238.

⁸⁶ *Ibid.*, 237-238.

⁸⁷ El general Ramón Belloso era un jefe militar que, sin ser brillante, poseía gran experiencia militar y obtuvo distinción al servicio de gobiernos conservadores en su país. Las capacidades y los méritos profesionales de Belloso no eran, de ninguna manera, inferiores a las de los líderes militares objetos de apologías en las memorias nicaragüense y costarricense sobre la guerra contra los filibusteros. Jerónimo Pérez engrandece la figura de su cuñado Tomás Martínez desacreditando a Belloso mientras Lorenzo Montúfar magnifica la actuación del presidente de Costa Rica Juan Rafael Mora y de los costarricenses criticando constantemente la conducta militar de Belloso y los otros jefes militares centroamericanos.

gente en Granada. Montúfar relata el suceso comentando con ironía el parte del general Belloso, reproducido íntegramente en su obra,

[...] el general Belloso creyó que la retirada de Walker era debida al horror que le inspiraban sus fuerzas, sin haber podido observar cuando puso el parte, que aquella retirada, por la cual tanto se felicita, provenía de que Walker, en vez de empeñarse ya en atacar Masaya, marchaba con rapidez a defender Granada”⁸⁸. El historiador guatemalteco señala que “no es preciso ser un gran militar para comprender que cometió Belloso un error incalificable no persiguiendo a Walker en su retirada de Masaya y no prestando tampoco apoyo a Zavala en el combate de Jalteva”⁸⁹.

En su ensañamiento contra Belloso el autor ignora completamente la *adición* al parte de Belloso del 14 de octubre de 1856 reproducido totalmente en su propia obra. En dicha *adición*, Belloso informó que envió a una división a las órdenes de Jerez “a proteger” a guatemaltecos y legitimistas en Granada pero que Jeréz contramarchó a Masaya cuando supo que las fuerzas de Zavala y Estrada se habían retirado a Diriomo⁹⁰. Haciendo caso omiso de un documento reproducido por él mismo en su obra, Montúfar insiste en resaltar la supuesta falta del general salvadoreño:

⁸⁸ Montúfar, 429-430

⁸⁹ *Ibid.*, 436. Montúfar se equivoca, porque si hace falta tener algún conocimiento militar para saber que la retirada de una fuerza que ha establecido contacto con el enemigo y la persecución de una fuerza militar enemiga en retirada son dos tipos de operaciones militares de gran complejidad en las que un pequeño error de ejecución puede transformar una victoria en derrota aplastante. Los filibusteros tenían además todas las ventajas a su favor en campo abierto debido a la superioridad de sus armas y la pericia de sus soldados en el manejo de esas armas.

⁹⁰ Me permito reproducir, íntegramente, la *adición* en el mencionado parte del general Belloso por considerarla de suma importancia: “ADICION.- Según los informes adquiridos por los mismos prisioneros y por otras personas fidedignas, el bandido Walker vino a atacar a esta plaza con su grueso ejército de mil hombres. La división que, según manifesté en el parte fechado 13 del corriente, destiné a las órdenes del señor general D. Máximo Jerez, a proteger las de la República de Guatemala y el señor coronel Estrada, por más que apresuró su salida después del triunfo en esta plaza, y forzó su marcha sobre Granada; cuando llegó a los alrededores de aquella población pasando hasta la retaguardia de ella, no pudo lograr su objeto; porque ya las dos últimas se habían retirado hacia el pueblo de Diriomo; en cuya virtud el señor general Jerez contramarchó a este cuartel general trayendo intacta su División a unirse con la de El Salvador.- Belloso”, Montúfar, 430. El destacado es mío.

[...] algunas personas, que se hallaron en el teatro de la guerra, dicen que Beloso en su calidad de general en jefe dio orden a Zavala para que lo auxiliara, marchando de Diriomo a Masaya a protegerlo contra las fuerzas de Walker que lo atacaban. Dicese que en vez de obedecer esta orden, el coronel Zavala abandonó a su jefe en el combate y marchó con Estrada sobre Granada, lo cual produjo una verdadera indignación en el general Beloso. Créese que de aquí vino la inacción del general en jefe el 13 de octubre⁹¹.

Montúfar opta, finalmente, por dar algún crédito a la información sobre la gravísima desobediencia de Zavala frente al enemigo, afirmando que

[...] no se tiene a la vista ningún documento oficial que acredite la desobediencia de Zavala⁹²; pero dado el carácter de aquel jefe, lo poco que respetaba a Beloso, lo mucho que lo mortificaba con apodos, siendo uno de ellos el de nana Bellosa; y los relatos de Walker y de Pérez, esto parece muy verosímil⁹³.

El historiador nicaragüense Jerónimo Pérez justifica, de manera especulativa, la temeridad irresponsable de Zavala argumentando que Walker “habría tomado la plaza sin la menor duda” si Zavala y Estrada no hubieran atacado a Granada. Además Pérez asegura que Zavala actuó de esa manera porque suponía derrotados a los filibusteros y pensaba “ganar la delantera” a los que creía se batían en retirada. A pesar de su partidarismo manifiesto, Pérez comprende que no puede ignorar el inútil alarde de valor del jefe guatemalteco y observa que Zavala “a más de carecer de juicio no conocía el terreno y Estrada⁹⁴ se sometía enteramente a

⁹¹ Montufar, 436.

⁹² La cautela de Montúfar en este punto contrasta con su juicio ligero acerca de la supuesta falta de Beloso no obstante que, en este caso, si tuvo a la vista un documento oficial (que el mismo juzgó conveniente reproducir en su obra) que acreditaba que Beloso envió auxilio a las fuerzas de Zavala y Estrada a pesar del desacato de estos jefes a sus órdenes como general en jefe de las fuerzas aliadas en Masaya.

⁹³ Montufar, 436.

⁹⁴ “Estrada y Zavala se entendían. Esto es comprensible si se atiende a que uno y otro pertenecían a la misma escuela política. Momentos de aparente fusión los hacía marchar al compás de los demócratas; pero sus inclinaciones eran eminentemente legitimistas y si en su mano hubiera estado, habrían aniquilado antes a los demócratas que a la falange invasora del suelo centroamericano”. Montufar, 433.

sus disposiciones”⁹⁵. El coronel Zavala reconoció, en su parte expedido en Diriomo el 14 de octubre de 1856, que solamente pudo resistir el ataque **en campo raso** de las fuerzas filibusteras procedentes de Masaya durante 30 minutos y que cuando por fin pudo reunir a sus fuerzas le faltaban 100 hombres. Zavala confesó que el día 12 marchó contra la retaguardia enemiga que atacaba Masaya pero cambió de planes (sic) pues **“me pareció más conveniente”** (sic) ocupar inmediatamente la plaza de Granada⁹⁶. Capitulando ante las evidencias, Montúfar reconoce finalmente la insubordinación del coronel guatemalteco observando que éste y el coronel Estrada

[...] en vez de dirigirse a proteger a Beloso que se encontraba en horas de conflicto, dispusieron marchar a Granada, creyendo que la población estaba casi desmantelada. El coronel Zavala seguía únicamente sus propios impulsos, sin plan y sin concierto combinado con los otros jefes⁹⁷.

El general salvadoreño Juan José Cañas, que participó en la batalla de Masaya con el grado de capitán, observó que “el coronel Zavala en vez de cumplir el compromiso de atacar la retaguardia del enemigo, se fue a ocupar Granada, en donde lo derrotaron los derrotados”⁹⁸.

⁹⁵ Montufar, 427. El destacado es mío.

⁹⁶ *Ibid.*, 431. El destacado es mío. Es evidente que Zavala no reconocía el ascendiente de Beloso sobre su persona en la cadena de mando y que, en la práctica, él era su propio jefe. Los mismos que justifican a Zavala y elogian a su estrecho aliado Martínez son los peores detractores de Beloso a quien critican por no ejercer el mando de manera efectiva, lo cual en este caso hubiera significado la degradación y fusilamiento de Zavala por insubordinación frente al enemigo, una falta gravísima que en cualquier ejército europeo de la época se castigaba sumariamente con la ejecución inmediata. Una acción de esa naturaleza era impracticable pues hubiera conducido a la inmediata ruptura de la alianza centroamericana y a una guerra entre El Salvador y Guatemala.

⁹⁷ Montufar, 433. En su narración de la defensa de Masaya en octubre de 1856 Lorenzo Montúfar solamente elogia el comportamiento del jefe democrático nicaraguense Máximo Jerez, pese a que fue el general Beloso el que dirigió la defensa de dicha ciudad.

⁹⁸ Citado por Lardé y Larín, 91. Lardé y Larín sostiene que “si el coronel Zavala cumple con su compromiso, y en vez de irse a Granada, donde pensaba ceñir la corona de laurel sobre su frente, ataca la retaguardia de Walker en Monimbó, los filibusteros hubieran terminado en la sangrienta batalla del 12 de octubre de 1856 y el fin de la guerra hubiera evitado a Centro América el sacrificio de más vidas y reducido los cuantiosos gastos bélicos erogados por los gobiernos hermanos”. Lardé y Larín, 92.

En la mañana del 15 de noviembre de 1856 Walker sale de Granada para atacar a la fuerza aliada en Masaya reforzada ese mismo día por 800 guatemaltecos. La segunda batalla de Masaya fue más sangrienta que la primera y se prolongó durante cuatro días. Las pérdidas de los filibusteros ascendieron a cien hombres, la tercera parte de la fuerza atacante⁹⁹. Walker se retiró derrotado a Granada en la madrugada del 19 de noviembre convencido de que su posición en el departamento oriental era insostenible y que debía replegar todas sus fuerzas a la ruta del tránsito. Durante los combates de Masaya Belloso pretendía atraer a los atacantes hasta la plaza fortificada para exterminarlos en un movimiento envolvente de alas. El general salvadoreño consideraba que la superioridad de las armas de los filibusteros conducidos por jefes y oficiales capaces desaconsejaba enfrentarlos en campo raso pero

[...] el coronel Zavala, en cambio, opinaba que eso era enchiquerarse y que al enemigo había que deshacerlo antes de que pusiera pié en los suburbios de la ciudad, y se empecinaba en ello, no obstante el duro revés que había sufrido con sus tropas en las acciones de Granada¹⁰⁰.

Las controversias entre los jefes aliados sobre la manera más apropiada de combatir al enemigo continuaron entorpeciendo las operaciones militares¹⁰¹. “Bastaba que

⁹⁹ Hay divergencias en cuanto al número de filibusteros que atacaron Masaya el 15 de noviembre de 1856. Walker afirma que fueron 300; Pérez sostiene que fueron 600; Zavala asegura que el número de atacantes ascendía a 800 mientras que Paredes ofrece la cifra de 700.

¹⁰⁰ Lardé y Larín, 100.

¹⁰¹ A propósito de los jefes guatemaltecos Paredes y Zavala, el general legitimista nicaraguense Martínez y el general hondureño Xatruch, el historiador salvadoreño Lardé y Larín llama la atención sobre el hecho que “ninguno de todos esos militares era de escuela. Guerrilleros revolucionarios los más: sólo Belloso era perito en las guerras Inter-centroamericanas y el único que había participado en un largo sitio: el de León en 1844”. Lardé, 117. El sitio de León, entre el 26 de noviembre de 1844 y el 24 de enero de 1845, fue uno de los sitios más prolongados y sangrientos de la historia militar centroamericana. El general Ramón Belloso y el coronel Manuel Quijano realizaron el 22 de enero de 1845 la acción que decidió la suerte de los sitiados al asaltar y conquistar después de un reñido combate las fortificaciones de Subtiava, consideradas hasta entonces inexpugnables. El coronel José Víctor Zavala era un arrojado jefe militar, miembro de una importante familia conservadora de la ciudad de Guatemala, que había dirigido el asalto a la fortaleza de Omoa en Honduras el 23 de agosto de 1853, obteniendo su capitulación el siguiente día. Zavala había participado también en operaciones contra fuerzas irregulares en su patria.

Belloso propusiera alguna idea para que fuera desechada por Martínez y ridiculizada por Zavala. Ningún pensamiento sugerido por estos jefes era aceptado por el primer general de las tropas salvadoreñas¹⁰². Indudablemente Belloso conocía el valor de las fortificaciones por su experiencia en León en 1844-1845. El general salvadoreño comprendía que no se iba a derrotar a los filibusteros americanos combatiendo como se acostumbraba en las guerras centroamericanas de la época. Los filibusteros contaban, en la fase final del conflicto, con un jefe militar experto: Henningsen y disponían de mejores piezas de artillería y de rifles Mississippi M 1841 y fusiles Minié, muy superiores a los anticuados fusiles de piedra de chispa de los centroamericanos. Además muchos filibusteros eran veteranos de la guerra contra México, varios de ellos eran oficiales graduados y la mayoría eran excelentes tiradores que conocían muy bien las propiedades táctico-técnicas de sus armas. Belloso consideraba que la superioridad táctica y técnica de los filibusteros podía ser contrarrestada construyendo fortificaciones¹⁰³ y obligando al enemigo a atacarlas¹⁰⁴. Una referencia al tema del armamento utilizado por ambos bandos permitirá esclarecer ciertos aspectos importantes de la controversia. El arma de la infantería centroamericana era el fusil de piedra de chispa¹⁰⁵, probablemente la mayoría eran

¹⁰² Montúfar, 477.

¹⁰³ El mismo William Walker reconoció, aunque no sin cierta ironía, la capacidad de los centroamericanos para fortificarse: “La rapidez con que las tropas centroamericanas construyen barricadas es casi increíble, y una larga práctica las ha hecho más expertas en esta clase de trabajo que el mismo populacho de París.”

¹⁰⁴ “La guerra ofensiva confiada únicamente al valor y a la altanería, como querían Zavala y Martínez, equivalía a sacrificar innecesariamente vidas hermanas y Belloso no podía comprometer a las tropas salvadoreñas y leonesas, confiadas a su mando, a la masacre y a la derrota”, Lardé y Larín, 125-126.

¹⁰⁵ La vasta mayoría de los soldados americanos que combatieron en la guerra mexicana de 1846-1848 usaban fusiles de piedra de chispa. A principios de la Guerra Civil americana, 13 años después, las autoridades de la Federación y la Confederación equiparon a miles de sus soldados con este tipo de arma, Allan W. Howey, *Weaponry: The Rifle-Musket and the Minié Ball*, Historynet.com/magazines/civil_war_times/3036371. Los filibusteros americanos en Nicaragua también usaron un número indeterminado de fusiles de chispa. Los nuevos fusiles Minié aparecieron por primera vez en la batalla de Rivas del 11 de abril de 1856...en manos de los soldados costarricenses. El gobierno de Mora había conducido negociaciones secretas con el gobierno británico desde enero de 1856 para adquirir armas y municiones británicas para el ejército costarricense, entre ellas los nuevos rifles Minié Enfield M 1851.

de manufactura británica, seguramente el modelo conocido como *Brown Bess*, calibre .75, el arma de la infantería británica en las guerras napoleónicas, vendidos por Gran Bretaña como excedentes en grandes cantidades a varios Estados de la antigua América Española¹⁰⁶. Esta arma era un mosquete de aproximadamente 10 libras de peso con cañón de ánima lisa y que se cargaba con una pequeña bala redonda de plomo contenida en un cartucho de papel con cinco o seis gramos de pólvora. Al cargar el arma el soldado sacaba un cartucho de papel de su cartuchera, rompía con los dientes la parte posterior del mismo y vertía unos granos de pólvora en la cazuela. El resto de la pólvora era vertida dentro del cañón del arma seguida por la bala. El papel era empujado a través del cañón con la baqueta, presionándolo contra el fondo para evitar que la bala rodara de nuevo hacia fuera. El papel del cartucho era suficientemente fuerte para evitar que la bala rodara hacia fuera y suficientemente débil para no obstruir la trayectoria de la bala disparada. El sistema de ignición del arma consistía en un martillo que tenía una pequeña pieza de piedra y cuando el infante oprimía el gatillo la piedra en el martillo golpeaba la cazuela que contenía pólvora suelta produciendo una chispa que encendía la carga principal de pólvora dentro del cañón y detrás de la bala produciéndose el disparo que envolvía al tirador en una densa nube de humo y que en condiciones de oscuridad iluminaba al autor del disparo y a su entorno inmediato revelando fatalmente su

¹⁰⁶ El mosquete de piedra de chispa fue inventado en 1610 como un modelo mejorado del mosquete de mecha que, como su nombre lo sugiere, dependía de una mecha encendida para efectuar la ignición. Algunos de estos viejos mosquetes fueron usados por los montañeses guatemaltecos rebeldes acaudillados por Rafael Carrera en la época del gobierno federal. A pesar de no existir en las matrices historiográficas de la guerra una descripción precisa del modelo de mosquete usado por la infantería aliada y de carecer de evidencias arqueológicas, procede conjeturar que el famoso *Brown Bess* o una versión más barata de ese modelo, el *India Oriental*, usado por el ejército mexicano en la guerra contra los colonos insurgentes americanos en Tejas y más tarde en la guerra contra los Estados Unidos de 1846-1848, fue el arma básica de infantería usada por los ejércitos centroamericanos en 1856-1857.

posición al enemigo¹⁰⁷. Esta arma tenía, obviamente, que conservarse seca y constituía un serio problema para las operaciones de las tropas aliadas en condiciones lluviosas. Las fuerzas aliadas permanecieron acuarteladas en León durante la temporada de lluvias¹⁰⁸ debido, entre otras cosas, a esta limitación de orden táctico-técnico. El Sargento Mayor del ejército costarricense Máximo Blanco al mando de la fuerza que se apoderó de los vapores de la Compañía Accesoría del Tránsito en el Río San Juan, una región de grandes precipitaciones pluviales, registró en su famoso Diario, el 11 de diciembre de 1856, que se mandó “sacar hule para untar trapos y hacer tapallaves” para proteger los fusiles de la lluvia, haciendo referencia a la llave del mosquete que contiene el mecanismo de ignición. Los mosquetes que recibían la lluvia eran secados junto al fogón antes de poder ser utilizados nuevamente en combate¹⁰⁹. El general Beloso, en su parte del combate de Masaya del 11 de octubre de 1856, relata que había logrado desconcertar las operaciones del enemigo el 12 de octubre con una salida efectuada por una fuerza de 200 infantes y 25 dragones conducidos por él mismo, añadiendo que “quizá no me habría retirado del punto en que estaba situado si una fuerte lluvia prolongada no me hubiera impedido a hacer este movimiento”. Una alusión a que la lluvia recibida en campo abierto inutilizaba los fusiles de chispa empleados por sus soldados obligándolo a suspender la maniobra.

¹⁰⁷ El historiador nicaragüense Jerónimo Pérez destaca al respecto que “los americanos tenían de su parte las ventajas de que vestían de negro y peleaban con rifle y revólveres, mientras que los nuestros con ropa blanca y fusiles de piedra, a cuyo fogonazo se iluminaban todos, y aquellos no perdían tiro; y además que los aliados tenían un pavor, que no había oficial ni jefe que pudiese conservar el orden y animar a los suyos al combate”, citado por Montúfar, 497. Walker, relatando el ataque aliado contra la Iglesia de Guadalupe en Granada, el 28 de noviembre de 1856, observa al respecto que dos cañones de a seis lanzaron “una lluvia de metralla sobre las columnas que avanzaban; y como el resplandor de las descargas enemigas descubría su posición, los cañones tuvieron un efecto destructor”, citado por Montúfar, 485.

¹⁰⁸ Las tropas salvadoreñas, guatemaltecas y nicaraguenses permanecieron en León desde el 12 de julio hasta 18 de septiembre de 1856 cuando comenzaron a avanzar hacia Managua para enfrentar al enemigo. El rigor de las lluvias, la división en las filas nicaraguenses y el temor al cólera morbus fueron factores que contribuyeron a la inmovilidad de dichas fuerzas.

¹⁰⁹ “Diario que llevó el sargento mayor Don Máximo Blanco en la expedición al Río San Juan por la vía de San Carlos. Años de 1856 y 1857”, en García Peña, 104-124.

Una ventaja del fusil de piedra de chispa era la relativa facilidad para cargarlo ya que el ánima lisa del cañón permitía introducir rápidamente la bala hasta el fondo de manera que podía ser manejado sin mayor dificultad por soldados deficientemente instruidos como los de las fuerzas militares aliadas. La precisión y el alcance no eran los puntos fuertes de esta arma que carecía de órganos de puntería debido a que apuntar con ella a un blanco más allá de una distancia equivalente a la alcanzada por una piedra arrojada con la mano era un esfuerzo inútil. El rifle era un arma con un cañón rayado que permitía efectuar tiros más precisos pero no era fácil de cargar debido a que los restos de pólvora acumulados en las estrías del cañón después de efectuar varios disparos dificultaban introducir una nueva bala con la baqueta haciendo más prolongado el tiempo de carga, lo cual podía tener fatales consecuencias en condiciones de combate. La aparición de la llave de percusión y de la bala Minié cambió radicalmente la situación al perfeccionar el sistema de ignición y facilitar la carga en armas de cañón rayado¹¹⁰. La nueva bala podía ser cargada rápidamente en el cañón rayado del nuevo mosquete que de esta manera combinaba las ventajas de los mosquetes de ánima lisa y de los rifles: facilidad de carga y precisión de tiro. Fusiles Minié aparecieron en la guerra en manos de los costarricenses y de los filibusteros. Nuevos suministros de Minié arribaron con el soldado de fortuna Charles F. Henningsen a Nicaragua. Henningsen contribuyó notablemente a mejorar el armamento y las tácticas de los filibusteros. Antes de viajar a Nicaragua,

¹¹⁰ Un oficial francés del cuerpo de coraceros que había servido en África, el capitán Claude-Étienne Minié desarrolló un proyectil de punta cónica con una base cilíndrica hueca. Minié incorporó una pequeña pieza de hierro en forma de copa en la base hueca del proyectil. Al producirse la combustión de la pólvora el proyectil era impulsado hacia adelante expandiendo su base hasta encajar en las estrías del ánima del cañón. Las estrías imprimían al proyectil un movimiento rotativo que estabilizaba su trayectoria haciendo posible el tiro de precisión. El ejército francés no adoptó la nueva bala pero el ejército británico la usó en su nuevo rifle Enfield Modelo 1851 después de pagar al capitán Minié 20,000 libras esterlinas por la patente. El secretario de Guerra del gobierno de los Estados Unidos Jefferson Davis adoptó el mosquete riflado y la bala Minié en 1855. Una versión mejorada del mosquete de ánima rayada, el Modelo 1861 construido por la armería federal en Springfield, Massachusetts, se convirtió en el arma principal de la infantería de la Unión en la Guerra Civil Americana. Howey, *The Rifle-Musket and the Minié Ball*.

[...] Henningsen y su esposa residían ...en Nueva York en donde eran muy amigos del magnate naviero George Law, quien había comprado al ejército americano varios miles de fusiles que se dijo los había ofrecido antes a Kossuth. Bajo la dirección de Henningsen convirtió Law gran número de ellos en rifles Minié, y cuando aquel resolvió irse a Nicaragua, Law le pertrechó de gran cantidad de rifles, obuses y municiones, y además de eso la señora de Henningsen contribuyó con cierta cantidad de dinero. Lo que en total llevó allá sumaba treinta mil dólares¹¹¹.

Las fuerzas aliadas no podían enfrentar con esperanzas de victoria a una fuerza filibustera armada con fusiles Minié en campo raso. Los soldados de ambos bandos no podían tenderse y disparaban de pie debido a que sus armas eran de avancarga, es decir, se cargaban por la boca del cañón. Las formaciones de soldados avanzaban contra el enemigo, al sonido de los clarines y el redoble de los tambores, con las banderas desplegadas y con los oficiales su lado, a pie o a caballo, con sus sables desenvainados apoyados sobre el hombro¹¹². Los soldados hacían sus evoluciones y formaban cuadros de tiradores para sostener el fuego a distancias relativamente cortas utilizando tácticas de las guerras napoleónicas. Pero a diferencia de los combates en Nicaragua, la infantería de la era napoleónica podía aproximarse a su enemigo hasta una distancia de 100 yardas con poca probabilidad de ser herido o muerto. El uso de los nuevos fusiles Minié por el enemigo hicieron obsoletas y mortales estas tácticas pero la mayoría de los jefes aliados no supieron adaptarse a la nueva

¹¹¹ Scroggs, 240. "Antes de que Henningsen llegara con los Minié regalados por George Law, sólo dos compañías tenían ese modelo de rifle. Eran éstos los 'Rangers' (o caballería) quienes también portaban revólver y sable y los 'Rifles'. Las otras compañías de infantería tenían el fusil anticuado de cañón liso abolido por el ejército americano, y viejos revólveres Colt. La oficialidad confiaba bastante en la esgrima, arte en el cual muchos se hicieron diestros; pero la espada era arma que no empleaban, ya que el choque al arma blanca con los nicaragüenses era lo que menos ocurría. Para fines de 1856 Walker contaba con nueve divisiones: los Rifles; la Infantería; la Artillería; la Maestranza; la Proveeduría Montada; la Intendencia del Ejército; la Proveeduría Local; la Caballería; y el ramo civil de la Administración Pública", Scroggs, 252.

¹¹² William Walker recuerda a los oficiales legitimistas nicaraguenses en la batalla de La Virgen, el 3 de septiembre de 1855, y observa que "se distinguían por sus trajes negros, estando muchos de ellos a caballo, se los veía prodigar latigazos y cintarazos para obligar a los soldados a emplear la bayoneta", Walker, 91.

forma de hacer la guerra¹¹³. El coronel guatemalteco Zavala, empecinado en derrotar a su enemigo en batallas campales, fue arrollado por los filibusteros en media hora cuando pretendió detenerlos en Jalteva durante la malograda operación contra Granada en octubre de 1856; después de desembarcar en las proximidades de Granada, el 12 de diciembre de 1856, Waters, un arrojado jefe de caballería filibustero, reforzó en la mañana del 13 a los americanos sitiados en Guadalupe después que sus fuerzas arrollaron sucesivamente tres posiciones aliadas que bloqueaban su camino causándoles muchas bajas a un costo de 14 muertos y 30 heridos propios. La precisión de los nuevos mosquetes de ánima rayada convertía los asaltos aliados a posiciones fortificadas en verdaderas masacres como la hecatombe del 11 de abril de 1857 en Rivas¹¹⁴. Defensores fortificados podían cargar rápidamente sus armas y hacer blanco en fuerzas atacantes que difícilmente tenían la

¹¹³ La dificultad de adaptarse a las nuevas realidades del campo de batalla no estaba necesariamente limitada a jefes carentes de instrucción y conocimientos como los centroamericanos. También los jefes de los ejércitos de las potencias europeas y los de los ejércitos de la Unión y de la Confederación en la Guerra Civil de los Estados Unidos no comprendieron el efecto devastador de las nuevas armas de infantería y sus decisiones erradas provocaron enormes pérdidas en sus tropas. En la Guerra de Secesión Americana ambos bandos terminaron "enchiquerándose" tal como el general Ramón Belloso había hecho, correctamente, en Masaya en 1856.

¹¹⁴ Walker describe el ataque de las fuerzas guatemaltecas en Rivas el 11 de abril de 1857 en los siguientes términos: "Los soldados guatemaltecos recién venidos, medio borrachos con aguardiente, eran llevados por sus oficiales cerca de las líneas americanas. Estos soldados, que probablemente no habían peleado nunca y no conocían el peligro de los rifles, se expusieron sin necesidad a una distancia de sesenta o setenta yardas de las posiciones defendidas por McEachin y McMichael. Los que servían a las órdenes de estos dos oficiales dirigieron un fuego mortífero contra los indios tontos e ignorantes que Carrera había enviado a Nicaragua, y los americanos casi sentían lástima de estos reclutas forzados, al tener que matarlos como si fuese un rebaño de carneros. Como tales los trataban sus jefes, y cuando al fin les mandaron retirarse, el suelo estaba sembrado de muertos y heridos", Walker, 390. Según Walker los americanos tuvieron solamente 3 muertos y seis heridos en los combates del 11 de abril de 1857 mientras que los aliados tuvieron más de 200 muertos. El jefe filibustero estima las bajas totales de los aliados entre 700 y 800. El traductor de la obra, Fernández Guardia, acota en nota de pie de página que, en realidad, fueron solamente 320. Los filibusteros tomaron muchos prisioneros y retuvieron a más de 70 ilesos, enviando a los heridos al campo aliado. Los americanos recogieron en el campo 250 fusiles, de los cuales muchos Minié y algunas municiones. Los Minié eran los que habían sido tomados en el vapor *La Virgen* cuando lo capturó Spencer, y las municiones eran también de las que encontraron los costarricenses con dichos fusiles". Walker, 391. No bastaba colocar en manos de soldados mal entrenados un arma poderosa como los fusiles Minié. Cuando el competente soldado profesional Charles F. Henningsen arribó a Granada con un lote de fusiles Minié para los filibusteros, procedió inmediatamente a trabajar en un programa de entrenamiento con la nueva arma utilizando un manual escrito por él mismo.

posibilidad de detener su avance para apuntar y hacer fuego contra un enemigo que permanecía semioculto detrás de sus parapetos y fuera del alcance efectivo de los fusiles de chispa. Un oficial salvadoreño que participó en la guerra recuerda las descargas de fusilería de los filibusteros observando que eran "un mortífero fuego con ímpetu de ciclón..."¹¹⁵. Otro veterano de guerra salvadoreño comenta la desventaja en armamento de los soldados aliados en relación a los americanos de la siguiente manera: "nuestras tropas, así como las demás aliadas, dieron evidentes pruebas del valor que se necesita para combatir a un enemigo que peleaba, si no con rifles de precisión, al menos con armas infinitamente superiores a los fusiles de chispa con que íbamos armados"¹¹⁶.

El mosquete de ánima rayada y la bala Minié revolucionaron drásticamente el arte militar de la época modificando el balance entre la defensa y el ataque. Esta mortífera combinación también convirtió en obsoleta a una de las más eficientes armas de infantería hasta ese momento: la bayoneta. El combate cuerpo a cuerpo con arma blanca no ocurría casi nunca en la guerra contra los filibusteros en Nicaragua debido a que los enfrentamientos eran decididos por el poder de fuego de los contendientes. Los fusiles Minié obligaron a la artillería a combatir protegida en posiciones retiradas de las líneas avanzadas de batalla y desaconsejaron las cargas de caballería típicas de la era napoleónica¹¹⁷. La rápida captura por los filibusteros de los dos cañoncitos aliados en Rivas en 1856 y 1857 después de matar o herir a sus servidores es un ejemplo que confirma la observación anterior.

¹¹⁵ Cañas, 117-123.

¹¹⁶ García, 43-45.

¹¹⁷ "La mortal efectividad del mosquete de ánima rayada cargado con la bala minié fue la causa de las espantosas bajas de la Guerra Civil americana. En los casi 10,500 encuentros y batallas de la guerra, más de 110,000 soldados de la Unión y 94,000 soldados confederados perdieron la vida y 275,000 y 194,000 respectivamente resultaron heridos. Las balas de rifle, principalmente la bala minié, causaron el 90% de todas esas bajas. Los proyectiles de artillería causaron menos del 9% de las bajas totales y las espadas y bayonetas menos del 1%. Considerando toda esta evidencia, no es ninguna exageración concluir que el mosquete de ánima rayada y la bala minié afectaron grandemente el curso general de la Guerra Civil y preludiaron la espantosa destructividad de las guerras del siglo XX", Howey. La traducción del inglés al español es mía.

En Nicaragua, la vasta mayoría de los enfrentamientos en terreno llano concluyeron con victorias filibusteras mientras que los centroamericanos tuvieron mayor éxito en la mayoría de las ocasiones en que combatieron detrás de posiciones fortificadas¹¹⁸.

Al igual que Walker, considerado como un despilfarrador de *manpower* ya que en repetidas ocasiones lanzó a sus fuerzas contra enemigos numéricamente superiores protegidos detrás de fortificaciones, los jefes guatemaltecos y legitimistas nicaragüenses mostraron poca disposición a evitar el sacrificio inútil de sus hombres en los combates de Granada y Rivas en 1856 y 1857. El general Belloso fue objeto de burlas y de graves acusaciones de cobardía por tratar de conservar su mermada fuerza en condiciones operativas y negarse a sacrificar a sus hombres en acciones mal planeadas por los generales Zavala y Martínez. Una columna salvadoreña bajo el mando de Belloso se movilizó de Masaya a Granada el 30 de noviembre¹¹⁹ y participó ese mismo día con 200 hombres en un fallido y costoso ataque

¹¹⁸ Los combates de San Jorge en 1857 son un ejemplo de defensa exitosa ante los ataques filibusteros. La memoria costarricense de la guerra, obsesionada con el 11 de abril de 1856 y con Juan Santamaría, no ha concedido a esas acciones heroicas la importancia que merecen. Walker intentó, sin éxito, atraer a las tropas centroamericanas a campo abierto para aprovechar a su favor la ventaja de sus rifles y fusiles Minié. Tropas costarricenses, guatemaltecas y nicaragüenses rechazaron furiosos ataques filibusteros el 29 de enero, el 4 de febrero, el 5 de marzo y el 16 de mayo, causándoles numerosas bajas, destruyendo el aura de invencibilidad de Henningsen y derrotando a Walker que dirigió personalmente el último ataque.

¹¹⁹ Es muy importante aclarar que fuerzas salvadoreñas habían estado combatiendo en Granada al lado de los legitimistas nicaragüenses del ejército del septentrión, antes del arribo a esa ciudad de la columna salvadoreña conducida por el general Belloso el 30 de noviembre de 1856. Lorenzo Montúfar cita un parte del general Tomás Martínez de diciembre 6 de 1856 en donde el jefe legitimista relata que el día 25 de noviembre "...con el 2° batallón de mis fuerzas y una partida de salvadoreños mandados por el coronel don Esteban Salazar, que por orden del general Belloso obraba en combinación conmigo, atacamos no solo San Francisco, sino toda la línea, de este nombre; y después de una larga y fuerte resistencia en que demostró su denuedo el general don Agustín Hernández, pudimos rendirlos aunque a costa de algunos sacrificios". La "partida" de salvadoreños a la que se refiere Martínez en el parte ascendía a 200 soldados. Llama la atención el término elegido por Martínez para referirse al tamaño de la fuerza salvadoreña que combatió en esta acción conjuntamente con un batallón nicaragüense que, en el mejor de los casos, no debió disponer de más de 300 soldados. Martínez era enemigo del general Belloso por haber sido este militar nombrado General en Jefe del Ejército por sus enemigos mortales, los democráticos de León. Martínez continúa el relato de las acciones junto a los salvadoreños narrando que "al amanecer el 27 extendí mis órdenes para que mis tropas saltasen a la plaza, lo cual verificado en unión de los salvadoreños, bajo el mando del coronel don Ramón Sabino, los filibusteros se refugiaron en la Parroquia, de donde al ser desalojados, dieron fuego al edificio y a una mina de pólvora, que hizo saltar hecha pedazos una de las torres, sin ocasionar mal alguno en las fuerzas", citado por Montúfar, 499-500.

a la Iglesia de Guadalupe (posición de importancia estratégica evacuada sin disparar un tiro el 27 de noviembre por una torpe decisión del general guatemalteco Mariano Paredes y el general legitimista nicaragüense Tomás Martínez) conjuntamente con 200 guatemaltecos y 200 legitimistas nicaragüenses¹²⁰. Lardé y Larín dice al respecto que

[...] el costoso revés del 30 de noviembre, en el que participó el general Belloso con 200 de sus soldados por mera condescendencia con los otros jefes aliados, confirmó plenamente que su plan general de guerra era el más aconsejado dados la falta de artillería y de fusiles modernos, o sea enchiquerarse cuando los falanginos atacaban, y cercar a los enemigos para que se rindieran por el hambre y la sed, cuando los aliados estaban a la ofensiva.¹²¹

Belloso había aconsejado cautela en las operaciones de Granada pero el general Tomás Martínez y los coroneles José Víctor Zavala y Florencio Xatruch, recién llegado al mando de 200 hondureños, aconsejaban acciones ofensivas inmediatas para expulsar a los americanos de la ciudad. El historiador Lardé y Larín afirma que "La lucha se entabló sin un plan general de acción, y la temeridad de Xatruch, Martínez y Zavala costó ríos de sangre a las divisiones guatemaltecas, hondureñas y legitimistas nicaragüenses"¹²². La situación desastrosa de las fuerzas salvadoreñas en el momento de los combates de Granada puede explicar la decisión del general Belloso de retirar su fuerza a Masaya. Un veterano que participó en la guerra con el grado

¹²⁰ Jerónimo Pérez describe la acción del 30 de noviembre de 1856 del siguiente modo: "al momento se mandó alistar todo para atacar a las 3 de la tarde, aproximando a las paredes de Guadalupe 200 guatemaltecos por el sur, 200 salvadoreños por el occidente e igual número de septentrionales por el norte. A la hora designada, a un toque de clarín los 600 aliados embistieron sobre las trincheras de las puertas, que encontraron totalmente obstruidas y aunque metían sus fusiles en las claraboyas, los yankees hacían terrible daño tirando de los puntos más elevados de las paredes. Los aliados tuvieron que retirarse a las 6 de la tarde después de un esfuerzo estéril, y antes bien funesto para nosotros que contamos varios muertos y gran número de heridos", citado por Montúfar, 495.

¹²¹ Lardé, 117. Jerónimo Pérez destaca al respecto que Belloso llegó a Granada el 28 de noviembre y que "este jefe había quitado a Martínez los 200 salvadoreños que le dio bajo el mando del coronel Salazar, y con 200 más que mandó de Masaya, los puso bajo el del general Indalecio Cordero, disipado y nulo por su incapacidad y malas costumbres", Montúfar, 495.

¹²² Lardé y Larín, 111-112.

de capitán¹²³ aludió a la situación de las fuerzas salvadoreñas durante el sitio de Granada de la siguiente manera:

[...] la columna salvadoreña estaba aniquilada y tocaba a su fin, como es natural, sufriendo calamidades de todo género. Nunca fue reforzada; las balas y el cólera la diezmaron; sin sueldo por más de 50 días; de las filas se desertaron dos jefes, quienes en vez de recibir el castigo que merecían, fueron objeto de agasajos, consideraciones y recompensas. Se callan sus nombres por decoro¹²⁴.

Juan José Cañas señaló que durante el sitio de la Iglesia de Guadalupe “el cólera hacía espantosos estragos” y que el capitán Francisco Iraheta¹²⁵ dio parte de la situación al general Belloso de la siguiente manera: “Señor, en mi compañía, no hay más novedad que anoche murió el último, solo yo he quedado”¹²⁶. La decisión del general Belloso debe ser interpretada con rigor histórico considerando la situación descrita por Cañas¹²⁷. Además hay otro importante aspecto que es preciso destacar y es que Belloso no abandonó a los aliados, retirando a las fuerzas salvadoreñas que combatían por la ciudad, en medio

¹²³ El entonces capitán Juan José Cañas no participó en los combates de Granada debido a que fue enviado por el general Belloso a El Salvador, como oficial portapliegos, después de las batallas de Masaya, con el propósito de dar a conocer al Presidente Campo los “minuciosos detalles de la situación de la escuálida fuerza que aún quedaba, rogándole a la vez, admitiese su renuncia del puesto que se le había confiado; lo que no había hecho antes para evitar conjeturas, y atribuir su renuncia a incapacidad y cobardía; no obstante la simulada (sic) persecución de que era objeto y tenerlo sin sueldo, se entiende a toda la fuerza, hasta por dos meses, y sin haberle repuesto una sola baja, cuando las otras expediciones se reforzaban y asistían siempre”. El presidente Campo no contestó a Cañas, “a quién mandó a dar de alta en concepto de Ayudante del puerto de La Unión, poniéndolo en azaroso conflicto de no poder exigir una respuesta y ni poder (sic) escribir al general, informándole lo ocurrido, porque el hacerlo implicaba una especie de censura contra el Jefe Supremo y su silencio daba lugar a que se juzgase mal a dicho oficial”, Cañas, 123.

¹²⁴ Cañas, 122.

¹²⁵ El capitán Francisco Iraheta había conducido la primera fuerza que entró a la Plaza de Granada durante los combates por esa ciudad, “Como la fuerza salvadoreña fue la primera que penetró en la ciudad, la Compañía del intrépido Capitán don Francisco Iraheta, de grata remembranza, pundonoroso y futuro general, fue la primera que dio parte a su Mayor General de haber ocupado la Plaza de Granada, poniéndola a sus órdenes; pero es el caso que por parte de los guatemaltecos, se hacía otro tanto. Esto sucedía con frecuencia”. Lardé y Larín 117-123.

¹²⁶ Citado por Lardé y Larín, 118.

¹²⁷ Las razones de la retirada de Belloso y sus soldados de Granada expuestas en la memoria nicaragüense son poco convincentes: “basta saber, que en pleno sitio la división salvadoreña abandonó antojadizamente su puesto y se retiró a León porque sus jefes no soportaban los ridículos que les hacían los jefes guatemaltecos y legitimistas, que estaban aliados en su contra”. Gámez, 559.

de la batalla de Granada, tal y como afirman sus detractores. Una lectura minuciosa del texto del capítulo XII de la obra de Jerónimo Pérez revela que el jefe militar salvadoreño retiró su fuerza de Granada hacia Masaya hasta el día 12 de diciembre, es decir, cuando los combates por esa ciudad habían prácticamente concluido. Belloso comprendió que era inútil permanecer en esa ciudad con los filibusteros dueños de las comunicaciones con el lago, con las vapuleadas tropas de sus aliados dispersas y pérdidas¹²⁸ entre las ruinas y con los jefes guatemaltecos, hondureños y legitimistas conmocionados e intratables por las fuertes pérdidas sufridas después del vigoroso ataque de la fuerza filibustera procedente de San Jorge, el 11 de diciembre, que logró reunirse con Henningsen en Guadalupe. Después de la retirada de las fuerzas salvadoreñas ya no hubo más combates en Granada pues Henningsen procedió a embarcar sus tropas y pertrechos en el vapor La Virgen el mismo día 12 de diciembre, operación que concluyó el día 13 saliendo de Granada ese mismo día a las 5 A.M y llegando a San Jorge por la tarde. Los salvadoreños estuvieron presentes en Granada durante todo el tiempo de duración de los combates.¹²⁹ Pérez registra en sus memorias la presencia, a principios de diciembre de 1856, de 600 soldados salvadoreños “con sus respectivos jefes” en los grandes reductos de arena y madera levantados al pie del terraplén del Fuertecito de la costa del lago custodiado por un oficial y 17 soldados nicaragüenses del ejército del septentrión¹³⁰. Un parte del coronel guatemalteco José Víctor

¹²⁸ “..., en el campo de los aliados el pavor crecía a cada momento. Los hondureños venidos el día antes habían sido desechos, y el resto vagaba en grupos perdidos entre las ruinas, y lo mismo los soldados del ejército septentrional. Xatruch, Martínez, Chamorro, Zavala con todos los del estado mayor andaban montados organizando las compañías que iban recogiendo, en cuyos momentos llegó otra vez Belloso a invitarles que se fueran a Masaya. Zavala le dio una contestación desagradable, Xatruch no hablaba de ira, y Martínez le inculcó las desgracias presentes y futuras”. Pérez, 296.

¹²⁹ Las acusaciones sin fundamento y las calumnias de Jerónimo Pérez contra Belloso y los salvadoreños han sido reproducidas sin ser objeto de un examen crítico por una gran parte de los historiadores de la guerra contra los filibusteros americanos, haciendo más persistente la distorsión originada por las pasiones partidistas de Pérez y llegando al extremo de negar la participación de los soldados salvadoreños en los combates de Granada.

¹³⁰ Pérez, 293.

Zavala¹³¹ del 13 de diciembre de 1856, el día de la retirada de Henningsen, informa que los 250 hombres desembarcados por Walker el día 11 de diciembre, “atacaron con el mayor vigor un punto que defendían algunos pocos soldados del general Martínez, 200 del general Xatruch y algunos salvadoreños; logrando al fin unirse a los sitiados”¹³². El punto mencionado por Zavala era la trinchera de Santa Lucía¹³³.

Por otro lado, la orden dada por Belloso a Cañas y Jerez de evacuar Rivas debe ser apreciada teniendo en cuenta que Walker y Henningsen habían evacuado Granada e iban a reunirse con el resto de sus fuerzas en La Virgen para marchar a la ruta del tránsito. Los filibusteros habían logrado retirar intacta de Granada toda su artillería desembarcando del vapor La Virgen en San Jorge el 13 de diciembre de 1856 y la pequeña fuerza aliada en Rivas corría el riesgo de ser atrapada entre dos fuegos y aniquilada ya que Walker en cualquier momento podía recibir refuerzos de California por el puerto de San Juan del Sur dominado por la goleta filibustera Granada bajo el mando del capitán Fayssoux.

Dos importantes documentos de prominentes jefes militares costarricenses muestran que no solamente el general Ramón Belloso experimentó serios problemas para poder ejercer

¹³¹ El coronel Zavala había asumido la jefatura de las fuerzas guatemaltecas en Nicaragua después del fallecimiento del general Mariano Paredes el 2 de diciembre de 1856 en la hacienda Sandoval, en las orillas de Granada.

¹³² Citado por Montúfar, 502.

¹³³ Walker debe de haber contado con un cuerpo organizado de espías en Nicaragua pues estaba muy bien informado de las disensiones internas en el campo enemigo. Walker escribió que “después de la brillante retirada de Henningsen, Belloso retrocedió muy de mal humor hasta Masaya, en donde procuró reunir las diseminadas fuerzas que pretendieron hacer pedazos a las tropas encargadas de la destrucción del baluarte de los legitimistas. Pero los demás generales aliados ya no quisieron estar bajo sus órdenes. Burlados en sus esfuerzos para derrotar a Henningsen, los jefes del ejército aliado, naturalmente, se sentían impulsados a declinar la responsabilidad de la derrota en el general salvadoreño. Acusaban a Belloso no solamente de falta de capacidad, sino también de valor; y daban a entender, que su precipitada retirada a Masaya, apenas Waters llegó a Guadalupe, nacía del temor por su propia salvación. Las discusiones, pues que habían surgido en el campamento aliado, hacían creer que pronto se disolvería toda la fuerza y los cargos que entonces se hicieron a Belloso, fueron investigados después por una comisión militar en su Estado de El Salvador”, citado por Montúfar, 586-587. Belloso nunca fue objeto de investigación oficial por su conducta en la guerra de Nicaragua. Si tal investigación hubiera existido su documentación hubiera sido actualmente una fuente de primera importancia para el estudio de la Guerra Nacional en Nicaragua. El general Belloso, al regresar a El Salvador, si se vio directamente involucrado, a favor de la legalidad, en los sucesos desencadenados por la conspiración del general Gerardo Barrios para derrocar al gobierno de Don Rafael Campo.

efectivamente el mando supremo de las fuerzas aliadas. En una carta, con fecha 16 de febrero de 1857, dirigida al presidente de Costa Rica Juan Rafael Mora, el general José María Cañas hace alusión a los generales Florencio Xatruch y José Víctor Zavala. A propósito de la elección del hondureño Xatruch como general en jefe de las fuerzas aliadas, el general Cañas reconoce que “nos equivocamos en la elección de general en jefe, porque unido al de Guatemala, la voluntad de éste es la que prevalece”. El juicio que Cañas emite a continuación exime a Belloso de la responsabilidad, que le atribuye injustamente Jerónimo Pérez, por los desaciertos aliados en los combates de Granada: “Veo que es la razón porque en Granada quedaron tan deslucidos los generales aliados”. Ricardo Fernández Guardia subraya la exasperación de Cañas ante la incompetencia y duplicidad de la jefatura suprema aliada y señala que contrariando su “habitual ecuanimidad Cañas estuvo a un paso de desligarse del convenio de Nandaime¹³⁴ para seguir guerreando por separado en unión de las tropas del gobierno de Nicaragua, que mandaba el general Jerez; pero no lo hizo porque Cañas era un gran patriota”¹³⁵. El general José Joaquín Mora¹³⁶ manifiesta, en el borrador incompleto de una carta del 18 de junio de 1857 dirigida al presidente de Guatemala Rafael Carrera, que a pesar de sus simpatías iniciales hacia los dirigentes del partido legitimista al llegar a Nicaragua, había cambiado su opinión al tratarlos debido a que dichos dirigentes eran “falsos, ambiciosos, miserables en sus ideas, en vez de servir francamente a la causa nacional, la posponían por prepararse a la guerra civil”. Mora continúa afirmando que los legitimistas nicaragüenses “procuraban alucinarme con falsas protestas y apariencias, y entorpecían mi acción oponiéndose ocultamente a todos mis planes por mezquinos celos”. Mora hace referencia al general hondureño “Xatruch, ligado con Chamorro

¹³⁴ La jefatura suprema de los ejércitos aliados en Nicaragua fue conferida al general hondureño Florencio Xatruch Villagra por un convenio firmado por los jefes militares aliados, excluyendo al general Ramón Belloso, en Nandaime el 23 de enero de 1857.

¹³⁵ Fernández Guardia, Ricardo. “General Cañas”. García Peña, 140-142.

¹³⁶ El general costarricense José Joaquín Mora fue nombrado, por los gobiernos centroamericanos, General en Jefe de los Ejércitos Aliados en Nicaragua el 20 de marzo de 1857.

y ridículamente celoso de mi nombramiento que había tomado en ofensa, era uno de los que más me daban que hacer”¹³⁷.

La elección de Xatruch como general en jefe de los ejércitos aliados en Nicaragua el 23 de enero de 1857, a pesar de comandar el contingente centroamericano menos numeroso¹³⁸ y con menos experiencia de combate contra los filibusteros, no obedeció a sus méritos como jefe militar ni a su capacidad de liderazgo sino a su subordinación total a los deseos de los guatemaltecos y a su total identificación con la causa de los legitimistas nicaragüenses en cuyas filas había militado y combatido. De acuerdo con Montúfar, “el nombramiento de Xatruch, desagradaba a los demócratas de Nicaragua. Xatruch era legitimista y aspiraba a la destrucción de Walker para obtener el triunfo de su partido”¹³⁹.

El sitio de Rivas

Lorenzo Montúfar reproduce fragmentos de la obra de Pérez sobre los combates del 11 de abril de 1857 en Rivas. Pérez culpa a Mora por la derrota aliada ese 11 de abril¹⁴⁰, asegurando que el general costarricense deseaba “rememorar aquella acción con otra que sería la última para dar lustre a sus armas tanto más que el 11 de abril (1857) debía caer en sábado de gloria, cuya coincidencia le pareció un feliz augurio de la victoria que pensaba tener”¹⁴¹. El historiador Montúfar hace referencia a las

¹³⁷ García (Tomo III), 167-169.

¹³⁸ A principios del año 1857 la fuerza militar total de Honduras en Nicaragua estaba reducida a 130 hombres de acuerdo a una comunicación enviada desde León por el ministro de relaciones exteriores de Nicaragua al ministro de relaciones exteriores de Honduras el 30 de diciembre de 1856. Citado por Pérez Chávez, 99 - 100.

¹³⁹ Montúfar, 584.

¹⁴⁰ Según Jerónimo Pérez, Mora ordenó el asalto a pesar de la opinión en contra de Martínez, Chamorro, Xatruch “y otros jefes” que expusieron su apreciación en un consejo el día 10. Pérez afirma que los jefes aliados “creían innecesaria la efusión de sangre, porque el enemigo no podía menos que acabar pronto por consunción”. El historiador nicaragüense destaca que “las pérdidas de Walker fueron insignificantes; las de los aliados muy grandes, fuera de la sensación de la derrota, acaso peor que las primeras. Los costarricenses tuvieron más de 60 bajas; los guatemaltecos 90; los septentrionales 20, los nicaragüenses de la división de Jeréz 150 casi todos dispersos”, citado en Montúfar, 639.

¹⁴¹ *Ibid.*

condiciones pactadas por el general José Joaquín Mora con el comandante Davis de la US Navy para permitir a Walker abandonar la plaza de Rivas, observando que

[...] la perspectiva que presenta la marcha de Barrios¹⁴² sobre Rivas era tan imponente que no faltaron entonces personas que creyeran que la aceptación, por los aliados, del convenio propuesto por Davis, comandante de la corbeta de guerra Santa María, sin que Walker diera garantías de no volver a invadir, se verificó pronto para que al general Barrios no le tocara un solo laurel de la victoria¹⁴³.

En su carta al presidente Carrera del 18 de junio de 1857 el general José Joaquín Mora expone las razones que motivaron su controvertida decisión en Rivas:

[...] después de la torpeza de Barrios e insubordinación de Asturias¹⁴⁴, poco podía yo esperar de los salvadoreños, pues aunque valientes tenían a su cabeza a dos revoltosos¹⁴⁵, que unidos a los que existían en el Ejército iban a aumentar el desorden. Además, su gente, no aclimatada aún, debiendo llegar como a fines de Mayo según la disposición de Barrios, corría gran riesgo de hacer contagioso el cólera (sic) y producir una derrota en vez de ser útil.

La situación de los aliados en Rivas no era tan favorable como podía parecer considerando su superioridad numérica y Mora revela que había concebido un plan para terminar la guerra antes del 15 de mayo. El jefe costarricense argumenta que considerando que los salvadoreños no llegarían a tiempo y que el contaba con no más de 1.200 hombres en los puestos de

¹⁴² El general Gerardo Barrios arribó a Nicaragua al frente de 1,800 soldados salvadoreños el 4 de mayo de 1857. Barrios llegó tarde para participar en los combates pero, según Montúfar, contribuyó a evitar un nuevo conflicto armado entre las facciones nicaragüenses. Barrios y el ejército expedicionario salvadoreño regresaron a su país el 7 de junio de 1857.

¹⁴³ Montúfar, 667-668.

¹⁴⁴ José Joaquín Mora hace alusión a una decisión de Barrios, secundada por Asturias, que había impedido la llegada a Rivas de 500 soldados de la fuerza expedicionaria salvadoreña que se encontraba en Nicaragua.

¹⁴⁵ Parece que, a diferencia de su antecesor el general Belloso, el “revoltoso” general Barrios llegó a Nicaragua más interesado en la política que en la guerra y con avanzados planes para tomar el poder en su país, derrocando al presidente Rafael Campo, para iniciar una restauración liberal. Barrios era adversario político de Belloso y también enemigo personal desde un incidente violento ocurrido el 5 de septiembre de 1844 cuando Belloso hirió mortalmente al oficial que había sido enviado por Barrios a capturarlo en la ciudad de San Miguel y escapó hacia la capital.

sitio y “los filibusteros tenían aún 600 de pelea” que en realidad en cualquier momento podían haber atravesado “mi débil línea” para obtener subsistencias “y prolongar la guerra hasta que vinieran a favorecerlos nuevos refuerzos, el cólera o las disensiones intestinas” les concedió a Walker y a sus filibusteros la salida de Rivas en las favorables condiciones pactadas a través del comandante Davis. José Joaquín Mora sugiere que la suya fue una estratagema exitosa puesto que él “concedía vidas e imponía condiciones a un enemigo cuya posición real era mejor que la mía” y finalmente “Rivas se rindió, finalizó la guerra y fueron lanzados los extranjeros de Centro América”¹⁴⁶.

¹⁴⁶ “Borrador incompleto de una carta del general Don José Joaquín Mora a Don Rafael Carrera, Presidente de Guatemala. Año de 1857”. En su carta Mora hace alusión a dificultades para hacer que las fuerzas legitimistas concurrieran a las acciones de Rivas y relata que el había permitido a las fuerzas al mando de Chamorro ocupar “el mejor y más seguro puesto con 500 hombres”, pero que en el asalto del 23 de marzo sus “órdenes relativas a las columnas de asalto fueron entorpecidas, a pesar de la actividad con que me ayudó Zavala, y Chamorro atacó con tal flojedad que ni siquiera logró apoyar el asalto a la plaza, distrayendo al enemigo”. Evidentemente aquí Mora, para no disgustar a Carrera, se cuida de no incluir en sus críticas al general guatemalteco José Víctor Zavala, a cuyas decisiones se plegaban incondicionalmente los jefes legitimistas nicaragüenses y el general hondureño Xatruch. Según Mora, Xatruch “casi se resistió” a obedecer una orden suya y después “la retardó un día”. Mora narra que advirtió a Xatruch que “teniendo bastante gente encerrada en una pequeña colina, debía extender su línea, formando nuevos cuadros a los flancos para estrechar el sitio; pero mi buen Xatruch adivinó que tenía descubierta su retaguardia (¡ su retaguardia no habiendo enemigo exterior, no osando los sitiados salir de la plaza!) y formó un cuadro atrás para protegerla. No bastándole con esto e insistiendo en su peregrina idea, formó otro aún para proteger al segundo cuadro y desde entonces no cesó de fastidiarme, quejándose de no tener gente. ¿Que me tocaba hacer? Disimular antes que producir un rompimiento que originara faltas tales que no fuera posible dejar sin riguroso castigo”. García (Tomo III), 67-68

BALANCE FINAL

Lorenzo Montúfar, crítico implacable de los jefes militares centroamericanos que participaron en la guerra, reconoce que

[...] en obsequio de la verdad, y en honor de nuestro pueblo,... los soldados centroamericanos siempre estuvieron dispuestos a concurrir al lugar a donde sus jefes los conducían, ejecutando actos de abnegación y valor” a pesar de que “desgraciadamente la pericia de los generales no se hallaba a la misma altura”¹⁴⁷.

El costo humano y material de la guerra centroamericana contra los filibusteros no ha sido nunca calculado pero es indudable que ese conflicto produjo graves daños causados por la violencia, las enfermedades y el consumo de grandes recursos para financiar el enorme esfuerzo de guerra de los Estados participantes. Scroggs es el único autor que presenta de manera detallada una estimación de las bajas totales de la guerra. Este autor reconoce el alto costo humano pagado por los filibusteros americanos en la guerra, afirmando que “la invasión de Nicaragua no había sido un paseo en un día de fiesta”. Y es que a pesar de todas las deficiencias e insuficiencias de los aliados, subrayadas insistentemente por los cronistas de la guerra, los campesinos y artesanos que constituían el grueso de las fuerzas militares de los Estados centroamericanos pelearon, y algunas veces pelearon muy bien, ejecutando actos de valor y abnegación¹⁴⁸ como afirma Montúfar y es por eso que Scroggs destaca que “guardada la proporción numérica, las pérdidas de los filibusteros ascendieron al doble de las que tuvo el ejército

¹⁴⁷ Montúfar, 505.

¹⁴⁸ Una de las acciones más audaces de la guerra fue el brillante golpe de mano ejecutado por 200 soldados guatemaltecos al mando del teniente coronel Mariano Villalobos, “valiente de mala fama, de quien sus compatriotas deseaban deshacerse” para apoderarse de El Fuertecito del lago en Granada a finales de noviembre de 1856. Un cañoneo alternado de seis disparos desde los campamentos de los guatemaltecos y nicaragüenses distraería a la guarnición filibustera de 25 hombres y permitiría a los guatemaltecos aproximarse silenciosamente al terraplen al amparo de la oscuridad de la noche para lanzarse desde esa posición al asalto del fortín. La operación fue ejecutada de acuerdo al plan y a pesar de la heroica defensa del sorprendido enemigo, los atacantes se apoderaron finalmente de su objetivo. Pérez, 288-289.

americano en la guerra con México”¹⁴⁹. La estimación de las bajas de los filibusteros presentada por Scroggs, basándose en un informe de Henningsen contenido en el libro de recortes del representante de los Estados Unidos en Nicaragua Mr. Wheeler, es un buen indicador de la contribución de las fuerzas militares de los Estados de América Central en la derrota de los filibusteros y de la importancia de las principales batallas de la guerra:

[...] el 11 de abril de 1856 los filibusteros perdieron en Rivas el 24 por ciento de las fuerzas que entraron en acción; en el segundo combate de Masaya, el 17 de Noviembre, perdieron el 35 por ciento; en el sitio de Granada el 57 por ciento; en la primera batalla de San Jorge el 23 por ciento, y en la última el 18 por ciento¹⁵⁰.

Según Scroggs “la fuerza efectiva de Walker no pasó nunca de 1,200 hombres y el mayor número de hombres enviado por él a un combate fue de ochocientos en el primer ataque a Masaya”. Las fuerzas aliadas que defendían Masaya, salvadoreños, nicaragüenses y guatemaltecos, no solamente enfrentaron a la fuerza filibustera más numerosa enviada a un combate durante toda la guerra sino que también obligaron al enemigo a retirarse con bajas muy sensibles, como en el segundo combate del 17 de noviembre cuyo resultado convenció a Walker de que su posición en Granada era insostenible y que, por lo tanto, debía replegar la totalidad de sus fuerzas hacia la ruta del tránsito. Recurriendo a las estimaciones de Henningsen, “el cual informó en detalle con precisión militar”, Scroggs observa que desde su desembarco en Nicaragua hasta su rendición, el alistamiento total filibustero ascendió a 2,518 hombres y de este total

[...] mil murieron de enfermedad o fueron matados (sic); 700 desertaron, 250 fueron licenciados; 80 capturados estando de guarnición o en los vapores; los restantes se rindieron en Rivas, excepto unos cuantos de los que no se da cuenta. De la fuerza total el treinta y cuatro por ciento

¹⁴⁹ Scroggs, 318.

¹⁵⁰ *Idem*.

fue muerto o herido; el cuarenta por ciento, matado o sucumbió a la enfermedad; el veintiocho por ciento desertó; el diez por ciento fue licenciado; el cuatro por ciento capturado o no se da cuenta de él. Tan sólo quedó el diez y ocho por ciento que se rindió en Rivas¹⁵¹.

Scroggs subraya que las pérdidas humanas¹⁵² de los aliados centroamericanos fueron cuatro o cinco veces mayores que las de los filibusteros americanos debido a que los centroamericanos “no tenían armas de precisión ni sabían manejar con destreza las que poseían, en tanto que sus adversarios eran en gran parte expertos tiradores”. Confiando de nuevo en la exactitud militar de Henningsen¹⁵³ “cuyas conjeturas son tan buenas como las mejores”, Scroggs presenta una estimación de la fuerza total aliada empeñada en el combate contra los filibusteros en Nicaragua apoyándose en la misma fuente que

[...] estimó la fuerza total empleada por el enemigo contra Walker, en 17.800 hombres: De éstos 11,500 procedían de los Estados que no eran el de Nicaragua. Las pérdidas de los Aliados las calculó en 5,860, sin incluir en ellas las causadas por el cólera y otras enfermedades¹⁵⁴.

A pesar de la ventaja numérica de los ejércitos aliados la disparidad de medios, sobre todo artillería, a favor de los filibusteros americanos era notable. Según un informe enviado por la Comandancia General de los Ejércitos Aliados al ministro de guerra de Honduras desde el cuartel general en San Jorge el 17 de marzo de 1857, en las acciones de San Jorge el 15 de marzo de 1857 las fuerzas de Walker dispararon

¹⁵¹ *Ibid.*, 318.

¹⁵² Existe poca información sobre la organización de los servicios médicos de las tropas aliadas. Es de suponer que la mayoría de los heridos en los combates perecían o jamás regresaban al servicio activo por quedar incapacitados por las lesiones recibidas. En el caso de las fuerzas guatemaltecas, en general, la atención a los soldados heridos adolecía de “serias dificultades, sobre todo en campaña. Los batallones tenían asignado un cirujano, quien atendía lo mejor que podía, pero en campaña no pasaba de dar consuelo a los heridos”. Sánchez, 40.

¹⁵³ Scroggs destaca que las cifras proporcionadas por Henningsen “son las de un observador militar experimentado, que nada tiene que ganar con exagerar la fuerza del enemigo o disminuir la propia, y merecen por consiguiente mayor crédito que las ciegas conjeturas de los periodistas”. Scroggs, 319.

¹⁵⁴ Scroggs, 319-320.

con cinco piezas 364 proyectiles de cañón contra la plaza de San Jorge defendida por los aliados y 80 de metralla contra las tropas aliadas que se batían en campo raso, mientras que los aliados únicamente respondieron con cinco disparos de cañón desde las barricadas de San Jorge sin atreverse a mover sus piezas a campo abierto. Los aliados sufrieron 128 bajas en total, 32 muertos y 96 heridos, algunos de gravedad que presumiblemente murieron considerando la carencia de servicios médicos adecuados en el bando aliado. Los filibusteros dejaron 28 cadáveres en el campo de batalla y tuvieron un número desconocido de heridos¹⁵⁵.

La Guerra nacional y la epidemia de cólera que la siguió fueron muy costosas para Guatemala y El Salvador en recursos humanos y materiales. Las tropas salvadoreñas y guatemaltecas que regresaron de Nicaragua al finalizar la guerra llevaron consigo el cólera causando una mortandad entre los pobladores de sus respectivos países nunca vista desde 1837. En la ciudad de Guatemala el porcentaje de muertes por día en el período comprendido entre el 30 de julio y el 31 de agosto de 1857 ascendió a 29.7. Woodward estima que entre julio y septiembre de ese año hubo 2,733 casos nuevos de cólera en la capital y el número de muertes ascendió a 1,190¹⁵⁶. Entre los fallecidos estaba la esposa del presidente Carrera y prominentes miembros de la élite de la capital. También hubo levantamientos de campesinos en el oriente del país relacionados con la epidemia pues, al igual que en 1837 durante la revuelta encabezada por Carrera contra las autoridades federales, los campesinos creían que la epidemia era el producto de un acto criminal: el envenenamiento del agua¹⁵⁷.

En El Salvador las tropas procedentes de Nicaragua¹⁵⁸ llevaron el contagio en junio de 1857 y, entre junio y julio

¹⁵⁵ Citado por Pérez Chávez, 118 - 120.

¹⁵⁶ Woodward, "Rafael Carrera", 418.

¹⁵⁷ *Ibid.*, 419-421.

¹⁵⁸ En el mes de junio de 1857 el general Gerardo Barrios se rebeló contra el presidente Campo. Barrios "incumpliendo una orden que le mandaba poner en cuarentena sus tropas para evitar la propagación del cólera morbus desembarcó en Acajutla dirigiéndose a San Salvador. La intentona fracasó y Barrios debió rendirse". López, 50-51.

de ese año, murieron más de 2, 300 personas "al grado que en San Salvador, los cadáveres debieron ser incinerados pues no había posibilidad de sepultarlos"¹⁵⁹. Entre los muertos por la epidemia figuraron el eminente jurista recopilador de las leyes de la República, Isidro Menéndez, y el general Ramón Belloso fallecido en el mes de junio de 1857. También Falleció el exjefe de Estado don José María San Martín.

No dispongo de información sobre los estragos del cólera en Honduras al finalizar la guerra contra Walker y sus filibusteros. La participación de la pequeña fuerza militar hondureña fue notablemente activa en la última fase del conflicto en el año 1857. Los expedicionarios hondureños combatieron en los cruentos combates de ese período contra un enemigo que luchaba desesperadamente por evitar una derrota total inminente. En los sangrientos combates del 23 y 24 de marzo lo que quedaba de los 130 soldados que constituían la división hondureña a principios de enero de 1857 sufrió la pérdida de por lo menos el 35,38 % de su fuerza total (suponiendo que esta ascendía, a finales de marzo, a los 130 hombres que la constituían en enero de ese año, lo cual es absolutamente imposible debido a las bajas causadas por el enemigo, las enfermedades y las deserciones), 46 bajas, 26 muertos y 20 heridos. A diferencia de sus aliados costarricenses, salvadoreños y guatemaltecos la fuerza expedicionaria hondureña en Nicaragua no recibió refuerzos durante su participación en el conflicto por lo que no es difícil deducir que la fuerza que retornó a su país después de la victoria aliada se reducía a un puñado de hombres. "Una parte" de la división hondureña ingresó a Comayagua, junto con su jefe el general Florencio Xatruch, el 12 de junio de 1857.

A pesar de la ineptitud manifiesta de algunos jefes militares y de las continuas riñas y rivalidades mezquinas que impedían la unidad de mando de las fuerzas de los Estados centroamericanos, es innegable que fueron esas

¹⁵⁹ *Idem.*

fuerzas militares, junto con las fuerzas de los legitimistas y democráticos nicaragüenses, los que llevaron el peso de la guerra contra Walker y sus filibusteros entre finales de abril y finales de diciembre de 1856¹⁶⁰. Las fuerzas costarricenses capturaron, el 23-24 de diciembre de 1856, los vapores *Wheeler*, *Morgan*, *Machuca* y *Bulwer* en San Juan del Norte, diez días después de la retirada filibustera de Granada. Fue precisamente la batalla de Granada y la evacuación de la ciudad por las fuerzas filibusteras lo que creó las condiciones propicias para que los costarricenses pudieran operar en el Río San Juan sin temer la rápida llegada de vapores con refuerzos filibusteros procedentes de esa ciudad, sede del poder filibustero en Nicaragua. Las fuerzas costarricenses que ocupaban El Castillo pudieron además ser fácilmente abastecidas con víveres transportados por el lago desde Granada, ya en manos de los aliados. Además la ocupación de Granada por los aliados, después de 20 días de cruentos combates, puso fin para siempre al proyecto político-social filibustero encarnado en la Administración Walker, es decir, eliminó definitivamente el control efectivo de Walker sobre los recursos del país para mantener su aparato administrativo, construir el núcleo de una sociedad civil local americana que con el tiempo derivaría en un imperio tropical americano y continuar la guerra hasta la derrota total de los aliados y la subordinación de Centro América a su proyecto de dominación. Después de la pérdida de Granada, los filibusteros sitiados en Rivas por los aliados centroamericanos en abril de 1857 eran ya solamente una fuerza de aventureros extranjeros sin ningún tipo de raigambre social en el país. Pero así como la ocupación de Granada por los aliados hizo sostenible la presencia militar costarricense en la ruta del tránsito, la defensa exitosa de Masaya convenció

¹⁶⁰ Todo el ejército de Costa Rica que había regresado de Nicaragua en abril se encontraba licenciado a fines de mayo de 1856. Montúfar, 437. El reingreso formal de Costa Rica en la guerra se produjo el 7 de noviembre de 1856 cuando una fuerza costarricense conducida por el general Cañas ocupó San Juan del Sur; esta fuerza fue, sin embargo, obligada por los filibusteros a retirarse a Rivas después de una batalla en el camino del tránsito el 12 de noviembre del mismo año.

a Walker de que no podría sostenerse en Granada ante la inminencia del avance aliado y que, por lo tanto, debía evacuar dicha ciudad sin dilación. Asimismo, la derrota en San Jacinto le había negado a Walker y a sus fuerzas el vital control del *hinterland* chontaleño que alimentaba a Granada con carne y granos. Además la audaz toma de los vapores y los fuertes del Río San Juan por los soldados costarricenses arruinó definitivamente las expectativas de Walker de replegarse a la ruta del tránsito para recuperarse de las derrotas de Masaya y Granada, recibir refuerzos, armas y municiones de ambas costas de la Unión Americana y emprender una contraofensiva contra las fuerzas aliadas en Granada. Todos estos hechos estuvieron íntimamente relacionados en un movimiento general que derivó en la capitulación de Rivas y la salida de los filibusteros de Nicaragua.

Las memorias nacionales ridículamente empecinadas en resaltar solamente los hechos de armas protagonizados por las fuerzas pertenecientes a tal o cual Estado se apresuraron a cortar retazos del gran lienzo de la Guerra Nacional para fabricar sus propias versiones. Es necesario, por lo consiguiente, reescribir la historia de la guerra contra los filibusteros cotejando y trascendiendo las diversas matrices historiográficas nacionalistas y faccionalistas, como el complejo caso de la dividida memoria nicaragüense, para reconstruir el gran cuadro militar, político, cultural y diplomático de uno de los conflictos más importante de la historia centroamericana. Al emprender esta labor es saludable sacudirse un tanto la tiranía de las matrices historiográficas problematizando las diversas versiones sin considerarlas verdades absolutas, pues como sostiene Beatriz Sarlo la historia no siempre debe creerle a la memoria. Tanto Walker como Pérez, Montúfar y otros fueron actores apasionados de los hechos que describen y sus versiones son condicionadas inevitablemente por sus simpatías y antipatías políticas. Ninguno de los autores de las matrices historiográficas centroamericanas sobre la Guerra Nacional

era militar y sus opiniones sobre las operaciones militares y las decisiones de los jefes de los ejércitos contendientes tienen la misma validez que la opinión de este autor sobre las investigaciones del genoma humano. Por lo consiguiente, esas apreciaciones deben ser analizadas por los historiadores como lo que verdaderamente son, juicios de observadores no iniciados sesgados por el partidismo político; su valor indiscutible reside en que reflejan los principales desacuerdos y las graves discordias existentes entre los jefes y oficiales aliados al mando de los diferentes contingentes nacionales.

La importancia de establecer las condiciones de verdad de determinada fuente cotejándola con otras fuentes es un principio en el que nunca se insistirá de más. La guerra centroamericana contra William Walker y sus filibusteros no puede entenderse cabalmente sin tener una visión de conjunto que integre críticamente a las diferentes memorias nacionales. Hay que restituir a la totalidad de los actores el lugar que les corresponde en aquel gran lienzo histórico y contrarrestar, por incorrecta e injusta, la tendencia a la apropiación individual de la guerra contra los filibusteros que caracteriza a buena parte de la historiografía costarricense y nicaragüense sobre el tema.¹⁶¹ Esa tarea titánica está todavía pendiente y demanda el esfuerzo y la colaboración de la comunidad de historiadores de Centro América de dentro y fuera de la región.

Heredia, julio del 2007

¹⁶¹ Después de demostrar la necesidad que tenían los gobiernos de la segunda mitad del siglo XIX de individualizar a favor de Nicaragua la Guerra Nacional, la historiadora Patricia Fumero observa que las crónicas de los periódicos nicaragüenses de la época "no dan crédito a las huestes (sic) centroamericanas que apoyan a los nicaragüenses en contra del invasor extranjero. Los anteriores promueven la apropiación de Nicaragua de la guerra de 1856-1857. Un proceso comparable encontramos en Costa Rica". Fumero, Patricia "La guerra nacional, La batalla de San Jacinto y los rituales del Estado-Nación nicaragüense". P. 119. *Revista de Historia* (Nicaragua) 20 y 21 (2006): 113-135.

PUBLICACIONES DEL MUSEO

TEMAS COSTARRICENSES Y ALAJUELENSES

COSTA RICA

- [1981] *De nuestra historia Patria: Hechos Militares y Politicos.*
Rafael Obregón Loría
- [1986] *Perfiles al aire.*
Luis Ferrero Acosta
- [1995] *Familia, Vida Cotidiana y Mentalidades en México y Costa Rica. Siglos XVIII-XIX.*
Museo Histórico Cultural Juan Santamaría
- [2000] *Fin de siglo XIX e Identidad Nacional en México y Centroamérica.*
Francisco Enriquez Solano
Iván Molina Jiménez
- [2002] *Culturas populares y políticas públicas en México y Centroamérica.*
Francisco Enriquez Solano
Iván Molina Jiménez
- [2003] *Entre dos siglos. La investigación histórica costarricense. 1992-2002.*
Iván Molina Jiménez,
Francisco Enriquez Solano
José Manuel Albertazzi
- [2006] *Del Cañas Jerez al Chamorro- Bryan. La Relaciones Limitrofes entre Costa Rica y Nicaragua en la perspectiva histórica 1858-1916.*
Luis Fernando Sibaja Chacón

Biblioteca de Historia "Carlos Meléndez Chaverri"

- [2003] N° 1: *Rompiendo mitos y forjando historia. Mujeres urbanas y relaciones de género en Costa Rica a inicios del siglo XX*
Virginia Mora Carvajal

Biblioteca de Historia "Rafael Obregón Loría"

- [2004] N° 1: *El Culto a la Virgen de los Ángeles (1824-1935). Una Aproximación a la Mentalidad Religiosa en Costa Rica*
José Daniel Gil Zuñiga

COEDICIONES

Con Imprenta Nacional

- [1987] *Gozos del recuerdo: Ezequiel Jiménez Rojas y su época.*
Luis Ferrero Acosta

Con Fundación Pax Costarricensis

- [2003] *Inauguration de la Place de Costa Rica à Paris.*
(edición facsimilar)
Conseil Municipal de Paris

ALAJUELA

- [1983] *Esteban Lorenzo de Tristán, Fundador de Alajuela.*
Ricardo Blanco Segura
- [1994] *Orígenes de los Ramonenses. Familias Fundadoras de San Ramón 1843-1900.*
Eduardo Fournier G.
- [1994] *Anécdotas Manudas.*
Esaú García Soto
- [2002] *Una Imprenta de Provincia: el taller de los Sibaja.*
Iván Molina Jiménez

Colección Familias Alajuelenses

- [1993-1999] *Familias Alajuelenses en los Libros Parroquiales. Parroquia de Alajuela 1790-1900:*

- [1993] Tomo I: A
[1995] Tomo II: B-C
[1995] Tomo III: CH,D,E,F,G, H,I
[1996] Tomo IV: J,L,M
[1997] Tomo V: N,O,P,Q,R
[1997] Tomo VI: S,T,U
[1999] Tomo VII: V,W,Z

(pasta dura y suave)

Rafael Obregón Loría

- [1999] *Índice de Protocolos de Alajuela.*
Museo Histórico Cultural Juan Santamaría

Colección Lecturas Alajuelenses

- [2001] No. 1: *Poemas.*
Luz Solera
- [2001] No. 2: *Mi Alajuela de Ayer.*
Ernesto Alfaro Cascante
- [2001] No. 3: *Plaza Iglesias.*
Ernesto Alfaro Cascante
- [2001] No. 4: *La Vieja Serenata.*
Ernesto Alfaro Cascante
- [2001] No. 5: *El Mercado de Alajuela.*
Ernesto Alfaro Cascante
- [2002] No. 6: *Paréntesis y Fuga y Otras Poesías.*
Leonel Sánchez Quesada
- [2004] No. 7: *Atenas Pinceladas del Ayer.*
Eladio Valerio Madriz
- [2005] No. 8: *La Tea Fulgurante.*
Jorge Arroyo